

""Volverse negros': trayectorias de racialización en el Chocó y en Bogotá"

Tesis Pregrado

**Presentado por:
Jaime Enrique Cuéllar Sarmiento
Tutor:
Bastien Bosa**

**Universidad del Rosario
Programa de Antropología
2016**

Indice

Introducción	4
1. Lo “no-social”: lo que no depende de los seres humanos ni de sus instituciones	5
2. Carácter arbitrario de los acuerdos sociales	6
3. La “realidad” de las construcciones sociales	9
4. Ambigüedades. El juego de definición de las razas	11
Metodología	13
CAPITULO 1:	16
Prácticas y categorías raciales previas al desplazamiento	16
1.1 El Chocó, de territorio de paz a territorio de guerra.	19
1.2 “Acá no había discriminación”, recuerdos y anécdotas del Chocó	25
CAPITULO 2:	37
Una nueva vida en Bogotá: racialización, racismo y resistencias en la capital.	37
2.1 La violencia del desplazamiento	38
2.2 Discriminación y racismo en Bogotá	44
2.3 Ser desplazado y el estigma en los barrios de Bogotá	51
2.4 Resistencia a la discriminación a partir de la cultura	54
Conclusiones	67
Bibliografía	75

Agradecimientos

En primero lugar quiero agradecer a mi director de tesis Bastien Bosa por la paciencia, el empuje y los comentarios apropiados y oportunos para sacar esta tesis adelante. Quiero agradecer a todas las personas del barrio La Isla, gracias por la humildad y la confianza, especialmente a Roberto, Deisy y Leidy. A mi familia por el apoyo constante, gracias por todo.

Introducción

En las ciencias humanas, la “raza” no tiene una definición única. En los últimos años, si algunos autores han llegado a ciertos acuerdos al momento de conceptualizar “raza” (Wade, 1997, 2000; Grueso, 1998; Pardo, 1997; Mosquera, 2000; Urrea, 2002; Cunin, 2000; Escobar, 1999; Restrepo, 2004, Almario, 2007) es generalmente para reconocer que se trata de un fenómeno lleno de complejidades y ambigüedades- Como lo escribe Peter Wade:

‘Raza’ y ‘etnicidad’ no son términos que se refieran de manera neutral a una realidad transparente de la cual las ciencias sociales nos ofrecen una descripción cada vez más certera. Más bien, están entremezclados en discursos académicos, populares y políticos que constituyen ellos mismos parte de las relaciones académicas, populares y políticas, y de las prácticas cotidianas. (Wade, 2000: 9)

En esta investigación, se trabajará en torno a los términos “negro” y “raza”, por considerarlos adecuados a los objetivos planteados de historias de vida en un contexto colombiano de tres personas que se consideran como afrodescendientes. Sin embargo, no se pensará en “raza” como un término inmutable, debido a que los investigadores sociales llegaron a un acuerdo para considerar a las “razas” como constructos sociales que se han venido modificando con el tiempo y no como fenómenos biológicos o naturales. Sin embargo, es necesario aclarar lo que se entiende por “constructo social”, el cual se caracteriza por ser complejo y ambiguo.

En las ciencias sociales, no está definido con exactitud qué es un constructo social y, dependiendo del enfoque a partir de cual se construye el análisis, se da prioridad a unos aspectos o a otros. En este texto, se ha retomado la clasificación que realizan Ian Hacking y John Searle respecto a los constructos sociales, distinguiendo cuatro niveles para el análisis de la realidad y las construcciones sociales. Antes de detallar cada uno de los cuatro

niveles, es necesario que se tenga en cuenta que estos niveles no son excluyentes entre si y que un objeto a analizar puede incluirse en una o inclusive las cuatro categorías:

1. Lo “no-social”: lo que no depende de los seres humanos ni de sus instituciones

El primer nivel se define como “no-social”, es decir, se refiere a las entidades, que no dependen de los seres humanos ni de las instituciones para su creación o existencia. Un ejemplo que da Hacking son las entidades físicas no humanas (como las montañas, un tigre, el agua) los cuales parecen independientes a los hechos de lenguaje y cultura:

“Podemos representarlos como especies diferentes en los discursos en los que ellos constituyen el objeto. Esto quiere decir que, a diferencia de los humanos, estas especies no son afectadas por las formas de categorización y por las representaciones producidas con respecto a ellas. De esta manera, el hecho de representarse la tierra como un objeto redondo y no plano, no tuvo incidencia en la forma del mundo en sí mismo. Por otro lado, estas especies se caracterizan por el hecho de que generalmente no necesitan de los humanos para existir y de que sus propiedades esenciales no dependen del tratamiento que estos les imponen.” (Bosa, 2012:4)

En este sentido, estas especies no dependen ni de la denominación ni connotación que los seres humanos tengan sobre ellos, y en muchos casos, ni siquiera dependen de las acciones que estos realicen para que existan. También se puede incluir, lo que Hacking denominó como el *substrato biológico universal común a la humanidad*, debido a que no depende tampoco de los sujetos humanos en sí mismos. En este sentido, en una sociedad es común que se formulen preguntas con respecto de las diferencias físicas sobre las que se construyen las “razas” o aquellas que existen entre hombre y mujeres.

En el caso del género, Hacking manifiesta que un punto fundamental no es tanto cómo fue construido cualquiera de estos tipos de entidades, cuanto cómo las construcciones se entrelazan e interactúan, cómo las personas que tienen ciertos rasgos «esenciales» de género son el producto de ciertas instituciones, lenguaje y prácticas que adjudican género y cómo esto determina sus experiencias de sí mismas (Hacking, 2001:58).

Para darse cuenta de dichos procesos de construcción social es conveniente hacerse preguntas con respecto de las formas de cómo las personas delimitan, agregan o excluyen categorías para pensarse en el mundo en el que se suscriben. En ese sentido, el ejemplo de los grupos raciales es pertinente para demostrar el punto en el cual cada sociedad dispone de formas y mecanismos específicos para darle nombre a los grupos que la componen, las categorías no son las mismas, y las distinciones que podrían parecer evidentes en determinados contextos no tendría sentido en otros países como Estados Unidos, Brasil o Colombia. Según lo anterior se buscará responder: ¿Existen en Colombia diferentes concepciones de raza según una región particular? ¿La auto definición de raza cambia en los sujetos según su contexto?

2. Carácter arbitrario de los acuerdos sociales

El segundo nivel permite enfatizar “el carácter arbitrario de los acuerdos sociales”. Este pretende resaltar claramente el carácter mutable y ambiguo de los constructos sociales y, por consecuencia, abarca los fenómenos cuya construcción se inscribe dentro de procesos sociales e históricos (esto se podría llamar el carácter “construido” de la realidad social). La

evolución de estas categorías debe buscarse dentro de la reconstrucción de procesos sociales y, por consiguiente arbitrarios.

La “raza” es una construcción histórica y social, pero no hay que pensar que por el hecho de que sea un constructo social, carece de importancia. A pesar de tener claro que la “raza” es una “creación social” basada en diferencias físicas, las personas por el contrario, asumen la clasificación como algo natural y se comportan como si las “razas” existieran y, como resultado, estas se convierten en categorías sociales de gran tenacidad y poder (Wade, 2000). Tal como lo demonina Bastien Bosa en la siguiente cita la cual se enfoca en “lo arbitrario” de los acuerdos sociales hacia lo “arbitrario” de la “consistencia social”:

“¿Cuáles son los rasgos físicos que se consideran importantes? ¿Cómo se construyen las categorías y dónde se ubican las fronteras? ¿Cuáles son los derechos y las obligaciones vinculados a los diversos grupos? Las respuestas a estas preguntas deben buscarse en su totalidad dentro de la reconstrucción de procesos sociales y, por consiguiente, arbitrarios. Esto significa que las “razas” son lo que son solamente porque la gente piense que lo son y que las distinciones étnicas o raciales nunca pueden ser aceptadas como datos empíricamente evidentes, sino como el fruto de operaciones de clasificación arbitrarias”. (Bosa, 2012: 6)

El tema de la “raza” cuenta con una fuerza de imposición que no se puede negar, por lo que las personas no pueden simplemente obviarlas. En contextos específicos, cada persona sabe en cual grupo racial ubicarse (“negro”, “blanco”, “mestizo” o cualquiera que sea la categoría vigente), y, al estar catalogada dentro de esta categoría, se generan efectos importantes sobre sus experiencias personales y sobre sus interacciones sociales cotidianas.

Las razas biológicas no existen, sin embargo, si existen seres racializados, al igual que existe una categorización racial y estas han sido edificadas en ideas y percepciones propias o comunitarias, que además siempre responden a intereses sociales y a momentos históricos determinados. “Raza”, al igual que otras categorías como género o clase, aunque es creada,

produce un efecto real en los actores y grupos sociales racializados en términos de “negros”, “árabes”, “blancos”, etc. (Bonilla-Silva, 2006). De esta manera, a pesar de que categorías como “negro” no tienen una realidad natural si han sido naturalizadas, así la identificación racial contiene un discurso de naturalización (Goldberg,1993:65)

Por ejemplo, si la gente se basa en la noción de raza para discriminar, para proclamar una identidad racial o nacional en donde prevalezcan los unos sobre los otros, si alguien se apropia de la “raza” como forma de crear un movimiento social o de crear lazos comunes que permitan la movilización ciudadana, es entonces que “raza” deja de ser una simple palabra y un concepto etéreo para volverse un poderoso agente social.

Los constructos sociales como “raza” son muy fuertes y sólidos, tienen raíces en la incorporación de conceptos y supuestos sociales de los cuales los individuos se apropian basados en diferencias “naturales”. Estos supuestos se normalizan hasta tal punto que no se cuestionan dichos constructos si no que hacen parte de la cotidianidad, y esto tiene que ver con el hecho de que se aprenden en medio de la socialización y se asientan en la personalidad.

Esta solidez y el enraizamiento social que tienen los constructos hacen que el hecho de que un individuo no los acepte, no hace que desaparezcan o dejen de influenciar su vida, pues la cotidianidad se ve afectada por ellos y las experiencias de vida también. Así, aunque una persona no se reconozca a si misma como “negra”, eso no significa que los otros no la reconozcan como tal, y esos conceptos llevan consigo consecuencias en las vivencias y experiencias que marcan la vida de dicho individuo. Las personas que se categorizan de diversas formas se ven moldeadas y afectadas por las formas como han sido clasificadas.

Según esto, a partir de las historias de vida se buscará responder las siguientes preguntas:

¿Hasta qué punto los constructos sociales permean y moldean la vida de los individuos?

¿Cómo cambia la vida de los sujetos que han sido racializados en diferentes contextos y situaciones?

3. La “realidad” de las construcciones sociales

El tercer nivel insiste, por el contrario, en “las dimensiones obligantes de los fenómenos sociales”, lo que podríamos denominar la *realidad* de las construcciones sociales. A pesar de que los acuerdos sociales son construcciones, esto no los hace menos sólidos en el sentido de que constituyen obligaciones claramente reales para su ejecución. En cada comunidad o grupo social, existen ciertas normas o “regularidades supraindividuales” que son interiorizadas y naturalizadas por los miembros del grupo. Estos últimos no pueden ignorar dichas regularidades al ser aceptadas por la comunidad y además porque estas rigen la cotidianidad de las personas. En este sentido, este nivel pretende dar cuenta de cómo los acuerdos sociales y las instituciones permiten moldear y estructurar la realidad de los seres humanos. En cuanto a las categorías de diferenciación y clasificación de las personas, se plantea que bajo el hecho de ser clasificados en una categoría es muy posible que los efectos sobre sus experiencias personales y sus interacciones diarias se vean afectadas, esto sin importar que el individuo no se sienta parte del grupo sobre el cual se clasificó ni se identifique con las características de este.

Vale la pena retomar el Teorema de Thomas quien en 1928 publico, *“The child in America: Behavior problems and programs”*, en el cual se centraba en la capacidad que tiene un grupo para convertir en reales las situaciones que suponen como tales, al adecuar su conducta a esa situación. Según el Teorema, “si los hombres definen situaciones como reales, entonces estas lo son en sus consecuencias”, frase que busca analizar las impresiones subjetivas que puedan ser proyectadas en la realidad y que de tal modo llegan a ser verdaderas para quienes las proyectan, en este caso se asocia con las proyecciones raciales que proyectan las instituciones y los individuos.

La raza es precisamente uno de esos mecanismos que condicionan las experiencias de las personas como individuos. El resaltar elementos físicos para diferenciar un grupo de otro, y a partir de esto asociarle valores negativos, condiciona sin duda toda la experiencia de vida de las personas marcada, desde cómo las otras personas accionan frente a ellos, hasta cómo ellos mismos se perciben. Sin embargo, las personas racializadas también poseen un grado de accionar y de transformar las categorías en las que son enmarcadas.

En el caso de don Roberto, Deisy y Leidy, es común que se adhieran o retomen por su cuenta categorías de pensamiento que con el tiempo pueden llegar a convertirse en esquemas interiorizados, lo cual consiste en reconocer que las personas no son completamente “pasivas” frente a los sistemas normativos que pretenden enmarcarlos. En la mayoría de los casos, dada su situación de desplazamiento y marginalidad en Bogotá, cuentan con medios para repensar las categorías que se les imponen, evadirlas, reordenarlas, ignorarlas e incluso adoptarlas como propias a través de distintos medios culturales y políticos, tema que tratare en el capítulo dos.

4. Ambigüedades. El juego de definición de las razas

Finalmente, el último nivel se denomina *el juego con los acuerdos sociales*. En este punto se reconoce que, a pesar de los mandatos sociales, las personas se enfrentan cotidianamente a estos, apropiándolos y muchos casos, resignificándolos. Así, se evidencia cómo estas normas creadas socialmente crean tensiones o ambigüedades en el individuo, forjando un juego social donde estas normas son asumidas por los individuos de formas distintas. Así, existe un espacio entre las normas o aspectos arbitrarios creados colectivamente y como el individuo las asume, lo que permite que estas tomen un significado distinto, causando, según Hacking, una negociación entre el individuo con las estructuras establecidas.

Según el nivel *el juego de los acuerdos sociales*, la clasificación racial resultaría ambigua, dando paso a concepciones que se contraponen o hasta se contradicen, tal como lo plantea Wade, mientras lo “negro” visto desde afuera, por ejemplo, se asocia con estereotipos negativos como perezoso, irresponsable, flojo, este mismo término como autodefinición puede resaltar valores positivos como la solidaridad y el compañerismo (Wade, 2013).

Así, el mismo término “negro” tiene varias formas de entenderse, completamente diferentes dependiendo de cuál individuo o grupo sea quien emite el significado. Según esto, las categorías y las connotaciones pueden variar, las fronteras entre grupos [raciales] son inciertas y es posible, bajo circunstancia específicas, “pasar” de una categoría a otra”.

“El ejemplo de los grupos racializados es nuevamente muy esclarecedor, pues las ‘reglas’ de las relaciones raciales son más a menudo de un carácter ambiguo y permeable (en el sentido en que, muy frecuentemente, las fronteras entre los grupos son inciertas y en el que es posible, bajos ciertas circunstancias, ‘pasar’ de una categoría a otra) y, casi siempre, no son homogéneas. Dichas reglas pueden también

aplicarse de manera diferente, en función de los lugares, las situaciones o las personas” (Bosa, 2012:14)

Hay que agregar que existen intersticios donde individuos e instituciones pueden jugar con los significantes asignados a los constructos sociales, jugando a conceptualizarlos de otra manera, creando ambigüedades.

Cunin (2003) afirma que el color es una categoría subjetiva, construida socialmente, cuyo significado y empleo varían de acuerdo a los individuos y situaciones. (Caicedo, 2014: 42). En esta investigación me centro en “las diferentes maneras de ser ‘negro’ que atraviesan la noción de clase, género y cuerpo” (Idem), además, me enfoco en lo que Caicedo a denominado como la “‘negritud ambivalente’; en otras palabras, cómo se ‘entra’ y se ‘sale’ de lo negro. Por ejemplo, cómo un sujeto visto como ‘negro’ en cierto lugar pasa a ser ‘no-negro’ en otro” (Caicedo, 2014:15).

A partir de lo anterior cabe preguntarse, ¿Cuáles son las circunstancias y los contextos por los cuales se generan diferentes maneras de ser “negro”? ¿cómo se experimenta ese de proceso de apropiación? ¿bajo quien es inculcado? ¿cómo es asumido y representado?

Metodología

Para efectos de esta investigación, se toma como base esta forma de analizar la realidad planteada por Hacking. A través del análisis de tres historias de vida de personas categorizadas como “afrodescendientes”, buscaremos reflexionar sobre la cuestión racial en Colombia. Las personas con las que trabajé se llaman Roberto Camacho, Deisy Córdoba y Leidy Mosquera. Los tres nacieron en el departamento del Chocó y, por diferentes razones, causas y circunstancias fueron desplazados de su lugar de origen, llegando como último destino a la ciudad de Bogotá, donde actualmente viven y trabajan. Llegué a ellos debido a mi interés por trabajar con grupos de danza en barrios de pocos recursos, como es el caso de Altos de Cazucá, donde actualmente vive Roberto Camacho y donde vivieron en su momento Deisy y Leidy (tema que tratare en los siguientes capítulos). Durante el año 2009 trabajé directamente con Roberto Camacho y Wilmer Cordoba (Topo), hermano mayor de Deisy, en ese primer acercamiento mi principal interés se enfocó en la construcción de relaciones sociales de los habitantes de la comuna IV de Soacha al estar en situación de ilegalidad. El trabajo de campo en Altos de Cazucá siempre estuvo delimitado por la desconfianza que sentían algunos habitantes con respecto de mi “preguntadera” por todo, no entendían porque me sentía interesado en temas relacionados con ellos y sus historias de vida, generalmente en el Barrio se expandía una reciprocidad de favores, y yo no les estaba dando nada cambio, lo se veía con ojos de desconfianza, generalmente la gente que está interesada en el Barrio aporta de alguna manera para ayudar bien sea con un mercado, un bulto de cemento, tubos para la cañería, etc.

En los meses posteriores y dadas las circunstancias de violencia que azotaron al barrio y sobretodo al grupo de jóvenes del grupo de Danza Palma Negra mi interés fue

evolucionando gracias a las historias de vida que había ido recopilando bien sea con sus miembros o con los muchachos del equipo de fútbol. Los principales temas que salían siempre a colación eran el tema del desplazamiento de su lugar de origen, el tema de la discriminación que sintieron y siguen sintiendo en Bogotá debido a su color de piel y el tema de la resistencia y de las herramientas que han ido adquiriendo para sentirse orgullosos de lo que son y de donde vienen. Temas que profundizaremos en los siguientes capítulos.

En ese sentido, me enfoqué en la metodología de historias de vida porque permite dilucidar la experiencia, contradicciones, asimilación, adaptación y entendimiento desde el individuo con respecto a los constructos sociales. También, sirve como herramienta descriptiva, interpretativa y reflexiva que nos permite evidenciar la forma en que una persona narra de manera profunda sus experiencias de vida en función de la interpretación que ésta le haya dado a su vida y el significado que se tenga de una interacción social.

“En ese sentido, la historia de vida, como investigación cualitativa, busca descubrir la relación dialéctica, la negociación cotidiana entre aspiración y posibilidad, entre utopía y realidad, entre creación y aceptación; por ello, sus datos provienen de la vida cotidiana, del sentido común, de las explicaciones y reconstrucciones que el individuo efectúa para vivir y sobrevivir diariamente” (Ruiz Olabuénaga, 2012)

Asimismo, la historia de vida, como metodología cualitativa busca capturar tal proceso de interpretación, viendo las cosas desde la perspectiva de las personas, quienes están continuamente interpretándose y definiéndose en diferentes contextos y situaciones.

Según esto, los puntos claves que tratará esta investigación serán los siguientes: el capítulo uno se centra en la vida previa al desplazamiento, lo que pudieron haber sido si se hubiesen quedado en el Chocó, sin haber sido desplazados, esta perspectiva nos permite ver en

tiempo y espacio el giro de pensamiento y perspectiva que tienen sobre sí mismos y sobre el mundo que los rodea.

El segundo capítulo se enfoca en el proceso del desplazamiento y las primeras impresiones al llegar a Bogotá. Se centra en la importancia del racismo en términos positivos y negativos, en el proceso de ellos mismos de redescubrir otras posibilidades gracias a la ayuda de la cultura misma y de instituciones políticas y sociales encargadas de luchar por los derechos de los afrocolombianos desplazados en el país. También se centra en la resistencia cultural a través de diversos procesos de racialización que se van modificando dependiendo del contexto donde se encuentren.

CAPITULO 1:

Prácticas y categorías raciales previas al desplazamiento

*“Pues no digo que todos éramos negros ni eso, pues en Chocó hay de todo, paisas... Nunca tuvimos así que lo discriminen a uno. Digamos que uno discriminar a otros o que ellos nos discriminaran a nosotros, nunca. Todos nos tratábamos en igualdad de condiciones”
Leidy Mosquera*

Para poder comprender el racismo vivenciado en Bogotá y sus relaciones con el desplazamiento, es necesario empezar por el momento previo al hecho, es decir, por la vida de Deisy, Leidy y don Roberto antes de ser desplazados. Para los tres, el Chocó de origen representa aquel “tiempo pasado que fue mejor”. Recuerdan con gran alegría y añoranza su vida antes de ser desplazados. Don Roberto salió teniendo 46 años y, por lo mismo, es de los tres el que más posee recuerdos. Sin embargo, a pesar de haber abandonado el Chocó a muy temprana edad, Deisy y Leidy también recuerdan su lugar de origen con anhelo. Los tres explican que, en el Chocó, la gente era más unida y solidaria: podían no tener plata, pero siempre había de todo. De la misma forma, ponen énfasis en la importancia de las familias, las cuales eran grandes, tanto en núcleo familiar, como en la familia extensa, donde las relaciones entre primos, tíos en primer y segundo grado, etc. son importantes en la cotidianidad. Sin embargo, de la misma forma que muchas de sus experiencias en el Chocó tienen varias semejanzas, también son bastante notorias varias diferencias, muchas de estas con relación a cuestiones de género y generacionales.

En el tiempo en que vivió en el Chocó, don Roberto trabajó por varios años en el sector de construcción, igualmente realizaba otro tipo de actividades de compromiso con la comunidad, como ser el vicepresidente de una Junta de Acción Comunal y también con una pequeña escuela de fútbol: Club deportivo Playa de Oro, con el cual llegaron a participar en campeonatos en lugares tan distantes como Pereira o Upía. Don Roberto menciona que era un líder comunitario respetado en el municipio y que, precisamente, ese respeto fue el que le salvó la vida. Varias de estas actividades que desempeñaba en su tierra natal, don Roberto, poco a poco, ha podido realizarlas en su nuevo hogar en Bogotá. Sin embargo, la añoranza por el río, la comida y la forma de ser de las personas en el pacífico aún persiste.

Leidy y Deisy, aunque tienen edades semejantes, cuentan experiencias distintas sobre su vida. En el Choco, Leidy estaba dedicada al estudio, era la mejor de su clase y quería ser profesora de sociales, su materia favorita. Además, aunque tenía amigas y jugaba con ellas, en sus anécdotas hace un mayor énfasis en la ayuda que le daba a su mamá en las labores de la casa y en especial con la huerta, donde aprendió un poco sobre las plantas y su uso tradicional. Es interesante anotar que, para aquella época, Leidy no tenía ningún interés particular en el baile, al contrario, según ella, sólo en ser la mejor estudiante de la escuela. Leidy en esa época vivía con sus padres y sus hermanos. Su padre, Eusebio Mosquera, hacía parte de la Junta de Directiva y precisamente, por este vínculo es que su padre es objeto de amenazas y tienen que abandonar su lugar de origen.

En el caso de Deisy, a diferencia de Leidy, le gustaba jugar a las reinas de belleza o a ser modelo. Sus juegos de infancia consistían en desfilarse y peinarse con sus amigas, pero, sobre todo, lo que más le gustaba y aún le gusta, es bailar. Este gusto por el baile estuvo desde siempre, comenta ella. Recuerda que, incluso en aquellos años en el Chocó, se escapaba de casa para ir a bailar. En ese momento, Deisy vivía con su madre y sus ocho hermanos con los que tenía una fuerte relación. Situación muy distinta con su padre, quien vivía con su otra familia en Medellín, con él nunca ha tenido una buena relación, de hecho, desde que llegó a Bogotá no ha tenido más contacto con él.

Existen dos elementos que quisiera resaltar en las anécdotas de la vida de los tres protagonistas en el Chocó. En primer lugar, me parece interesante anotar que, dentro de sus historias previas al desplazamiento, las alusiones al racismo en el Chocó son inexistentes. No mencionan en ningún momento haber sido víctimas de discriminación. Esto hace preguntarme por la existencia del racismo en el Chocó. ¿Hasta qué punto este silencio sobre el racismo podría ser interpretado como una prueba de su no-existencia en el Chocó? En segundo lugar, y relacionado a lo anterior, tampoco se encuentra ninguna mención a una reivindicación de identidad negra en las experiencias en su tierra natal. Es decir, no se hace explícito que son “negros”, a pesar de que muchas de las prácticas mencionadas son tradicionales de la forma de vivir de las comunidades negras del Chocó. Para comprender esto, es necesario reflexionar sobre los mecanismos de racialización y las formas en que se manifiesta el racismo.

En este capítulo, primero, se realizará una breve caracterización social del departamento del Chocó, la cual se relacionará con lo evidenciado en las historias de vida de Deisy, Leidy y

don Roberto antes del desplazamiento. En segundo lugar, se presentará una reflexión sobre el tipo de “racialización” que ha marcado sus historias en el Chocó, previo al desplazamiento. Analizaremos en particular las manifestaciones del racismo y de aquellos elementos racializados que pueden ser o no ser observados tanto en la cotidianidad percibida en las historias de vida, como en las estructuras sociales, poniendo una atención particular a las formas de categorización racial. Por último, se relacionará esto con el momento en que fueron amenazados y se vieron obligados a abandonar sus hogares.

1.1 El Chocó, de territorio de paz a territorio de guerra.

El departamento del Chocó se encuentra ubicado en la zona occidental de Colombia, haciendo parte de la región de la costa pacífica y del *Chocó Biogeográfico*, región que se extiende más allá de las fronteras colombianas y abarca la costa ecuatoriana y parte de Panamá.

El municipio de Tadó, de donde huyeron Deisy y Leidy, es conocido como “la puerta del Chocó” ya que es la principal vía de acceso al departamento por el suroccidente, conectándolo con Risaralda y con el centro del país. Según las proyecciones nacionales, Tadó cuenta para el 2016, 18.979 habitantes, de los cuales, el 85% se consideran afrocolombianos o afrodescendientes (DANE 2005). Riosucio, municipio de donde tuvo que salir don Roberto, se encuentra ubicado en el norte del Chocó, en los límites con el departamento de Antioquia y Panamá. Para el 2016, este municipio tendría 28.977 habitantes de los cuales y, según el mismo censo, el 81% se reconocen como afrocolombianos o afrodescendientes.

La región del Chocó es caracterizada por poseer una alta humedad (una de las regiones más húmedas del planeta) y numerosas llanuras aluviales entre las que se encuentran los ríos San Juan, Atrato, San Jorge, Nechí, entre otros. La alta pluviosidad y su aislamiento geográfico, entre otras características biofísicas, hacen que el Chocó sea una de las regiones más biodiversas del mundo. De igual manera, las poblaciones que habitan el chocó son bastante diversas. Los habitantes de esta región son principalmente comunidades negras e indígenas.

La alta presencia de poblaciones negras en el Pacífico es producto de un proceso histórico relacionado con el difícil control durante la colonia por parte de las poblaciones blancas y mestizas ubicadas en las ciudades de montaña (Popayán, Cali, Pasto) frente al vasto territorio selvático de las tierras bajas del Chocó, y al desarrollo de la explotación minera (Romero 1995). Las actividades mineras en el Chocó son bastante antiguas. Desde la época de la colonia, poblaciones africanas esclavizadas fueron forzadas al trabajo en minas. Sin embargo, algunos fugitivos u otros que compraron su libertad empezaron a ocupar aquellos baldíos selváticos. Para el censo realizado entre 1776 y 1778, la población de “libres de todos los colores”¹ correspondía en la región de Barbacoas al 45% del total, mucho más que la población esclavizada (26%), indígena (19%) o blanca (10%). Este aumento paulatino de poblaciones libres se vio incrementada a partir de 1851 con la abolición de la Legalidad de la esclavitud, ya que muchos de los antiguos esclavos prefirieron ir a la selva que quedarse como peones en las haciendas o minas (Friedemann 1993).

¹ El término “libre” no se refiere a la esclavitud sino al régimen de castas: es libre aquel que no pertenece a las castas tradicionales que ordenan o pretenden ordenar el mundo colonial de un modo jerárquico: los blancos, los indios y los esclavos. (Hoffmann, 2007)

Las poblaciones negras que han habitado tradicionalmente el Chocó han logrado conservar prácticas culturales particulares y con una fuerte relación con el ambiente donde viven. Estas formas específicas de relacionarse hacen que podamos hablar de un Afropacífico, tomando prestado el nombre que le dio el poeta guapireño Elcías Martán (Almario en Arocha 2009:87). Nada más apropiado que este nombre para una región donde la mayoría absoluta es afrodescendiente (aproximadamente el 90% de sus habitantes son “negros” (Hoffmann, 2007). En esta relación fuerte entre cultura y ambiente, el río se constituye en el eje principal de la forma de vida. Los ríos, tradicionalmente, han estado asociados a movilidad y las prácticas que conlleva. Cuando don Roberto habla de lo que más extraña de su lugar de origen, el río siempre aparece:

“Una de las cosas que más falta me hace de mi antiguo hogar es el río San Juan. El río, hombre, es fundamental para nosotros, por el calor, por el clima de allá uno se llega a meter al río hasta cinco veces al día” (Entrevista a Roberto Camacho)

En el caso de Leidy y Deisy, el río está siempre presente, sea como un recuerdo de infancia añorado o temido. Él es visto como un lugar de juego o como un espacio prohibido:

“(De pequeños), no nos gustaba ir al río porque decían que en el río había un pez muy grande que se comía a los niños y eso me daba mucho miedo” (Entrevista realizada a Deisy Córdoba)

En términos generales, tanto para don Roberto como para Deisy y Leidy, desde Bogotá se recuerda con nostalgia la naturaleza y el paisaje del Chocó y representa un ideal de “buena vida”. Además de la naturaleza, la comida (el arroz, la yuca y el pescado) es otro de esos elementos constantes en la añoranza. Esto es más visible en el caso de don Roberto, ya que vivió más años en el Chocó que Deisy y Leidy. Para él los recuerdos del río no sólo se

limitan al lugar de baño o de descanso sino también está asociado con la siembra de yuca y la pesca.

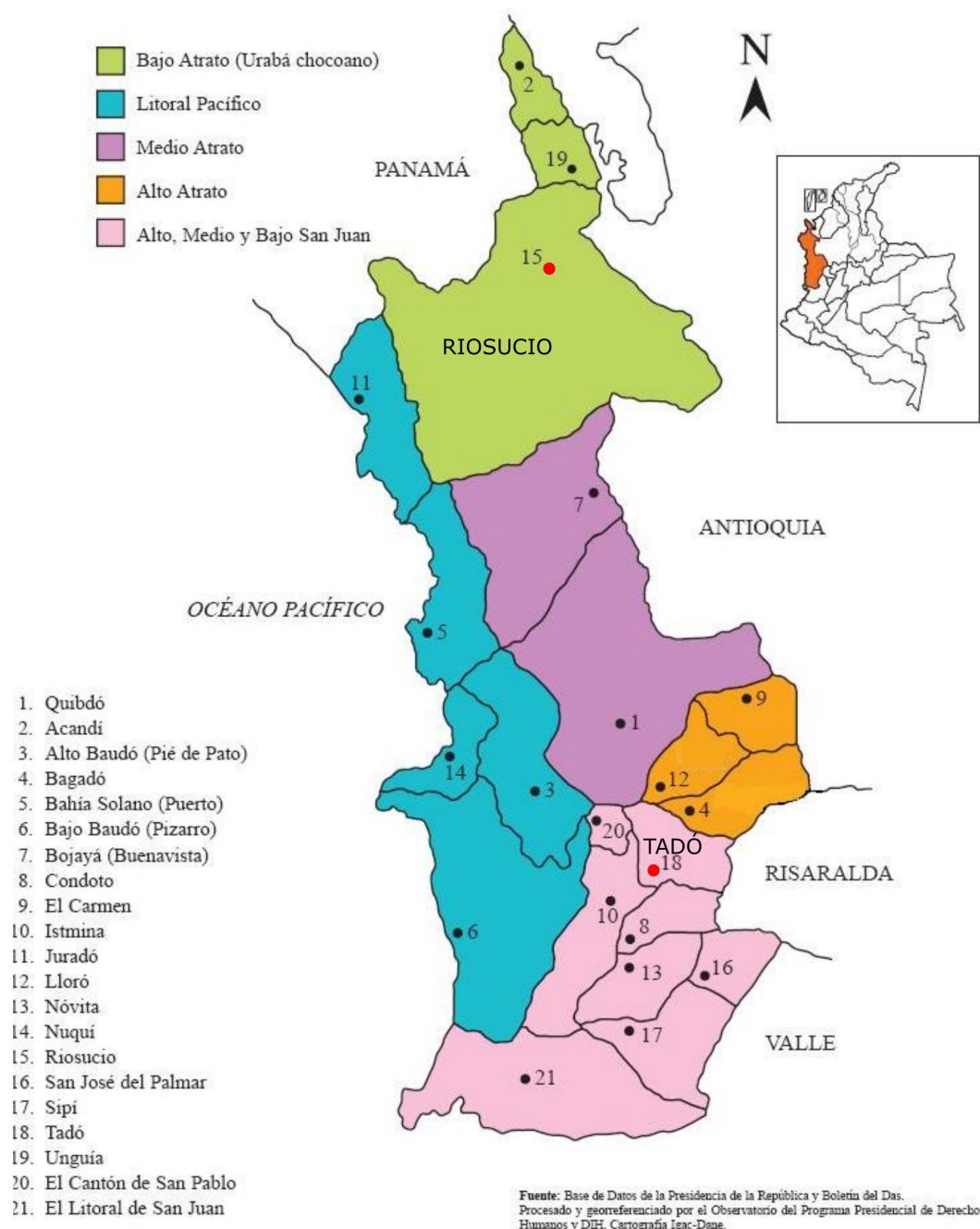
Otro elemento importante antes de llegar a Bogotá, en los relatos de los tres protagonistas, es la familia. Todos ponen el énfasis en que las relaciones familiares en el Chocó difieren mucho de la tradicional familia de Bogotá. En el Chocó, explican nuestros tres interlocutores, las familias se caracterizan por tener muchos miembros, y ser centradas alrededor de la figura de las madres (ya que muchos de los padres son ausentes o circulan entre varias familias). Esta visión ha sido también promovida por algunos antropólogos. En palabras de Nancy Mottá:

“La familia (en el pacífico) se caracteriza por un esquema fuertemente exogámico de circulación masculina, entre troncos familiares distintos, con residencia femenina de la descendencia y de apoyo en la crianza, socialización e identificación de ésta a través de la parentela de la madre” (Mottá 1994: 3)

Para Hoffmann, esta forma de familia está relacionada con la ocupación de los ríos. Cuando existe un asentamiento estable, son las mujeres quienes se estabilizan mientras que los hombres continúan sus recorridos construyendo más relaciones que aumentan en extensión e intensidad las redes de parentesco (Hoffmann, 2007).

Debido a esto, es común encontrar familias donde, por el lado materno, se tienen unos hermanos y, por el lado paterno, otros. En el caso de Leidy como de Deisy, sus familias son bastante numerosas. Leidy posee seis hermanos, mientras Deisy tiene veinticuatro hermanos por parte de papá y ocho por parte de mamá (cinco mujeres y tres hombres). Ella es de las menores de la familia. Don Roberto también tiene medio-hermanos, algunos de los cuales viven también en Bogotá (como Ramón Mosquera, presidente de Afrodes Soacha-

Bogotá). Por otro lado, el papel de la madre y los hermanos y hermanas cobran una vital importancia, en los casos marcados por la ausencia del padre. Leidy, como se mencionó previamente, no volvió a saber de su padre desde que fue desplazada. Esta situación tendrá un impacto fundamental sobre la experiencia del desplazamiento y la adaptación a Bogotá, como se explicará más adelante.



Mapa 1: Ubicación de los municipios de origen de los protagonistas de las 3 historias de vida.

Fuente: Elaboración propia a partir de base de datos de la Presidencia de la República y Cartografía

IGAC.

en:

<http://lloro-choco.gov.co/apc-aa-files/39326562663030353935613939373838/Mapa de Lloro en el Choc .JPG>

1.2 “Acá no había discriminación”, recuerdos y anécdotas del Chocó

Hoy en día la imagen asociada a la región del pacífico es la de una zona violenta, golpeada fuertemente por el conflicto armado. Sin embargo, en comparación a otras regiones del país, la historia del conflicto armado en el Chocó es más reciente. Hasta finales del siglo XX, el Chocó era considerado un “remanso de paz” (Oslender 2004, Agudelo 2001), incluso llegó a ser visto como un ejemplo de paz para otras regiones. Por lo tanto, existe un tránsito de una región considerada ejemplo de paz a ser considerada uno de los escenarios principales del conflicto.

Es en la década de 1990 cuando la situación en el Chocó empieza a cambiar con el aumento de la presencia de la guerrilla de las FARC en la región. Si bien, esta guerrilla tenía frentes en el Pacífico desde la década de 1970, es a partir de un cambio de estrategia del control territorial que aumentó significativamente su número en la región. De igual forma, para el inicio de esta década, llegaron al Chocó frentes del ELN y el EPL, cuyo accionar provocó los primeros desplazamientos forzados de las zonas rurales hacia Quibdó² (Agudelo 2001). El aumento de la presencia de grupos guerrilleros también ha implicado una mayor presencia del ejército y, unos años después, de paramilitares. La llegada de este último actor armado, ha disparado la violencia contra la población civil. En muchos casos, los conflictos entre estos actores armados, han generado el desplazamiento de comunidades. Así, la década de 1990 es el momento de transición de una región pacífica a un escenario de

² Capital departamental de Quibdó

guerra y numerosas violaciones de derechos humanos. Es precisamente en este proceso de transición donde suceden los desplazamientos de don Roberto, Deisy y Leidy. Los cuales sucedieron en 1996, 1994 y 1999, respectivamente.

La situación durante el siglo XXI en vez de mejorar, ha empeorado. El número de víctimas, amenazas, desplazamientos y masacres en el Chocó ha aumentado a lo largo del siglo. Incluso, desde el 2010 al 2014, según CODHES (Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento), se registran más de 350 eventos de desplazamientos en el Pacífico, afectando por lo menos 70.000 personas. De igual forma el 21% de las personas registradas en el RUV (Registro Único de Víctimas) provienen de departamentos y municipios principalmente afrodescendientes (CODHES 2015). En un informe sobre la crisis humanitaria en el Chocó, llevado a cabo por la defensoría del pueblo, se menciona que “a través de cifras oficiales, que los cuatro departamentos del litoral pacífico concentraron el 63,4% del desplazamiento por hechos ocurridos durante el año 2013, y el Chocó tuvo el 6,7% de las víctimas por este hecho” (Defensoría del pueblo 2014:10). Además, este mismo informe reconoce que la realidad puede ser mucho más grave que lo expresado en cifras oficiales y mencionan que, en trabajo de campo, se recolectaron datos de desplazamientos forzados con números mayores al conteo oficial. Esto consolida una imagen del Chocó, y en general el Pacífico, como una región violenta.

Las cifras presentadas por la Defensoría del pueblo dejan entrever que existe una relación por lo menos indirecta entre el conflicto armado y poblaciones negras desde finales del siglo XX. De esta manera, el desplazamiento forzado es visto como la principal agresión contra los pueblos afrodescendientes en los últimos 150 años (Escobar 2004) o como una manifestación de un etnocidio-genocidio, tal como lo plantea Almario:

“Es a los afrodescendientes e indígenas a quienes se hace objeto de violencia y a quienes se desplaza y desterritorializa, con lo cual se cumple otra de las características de esta forma de violencia, la limpieza étnica” (Almario 2004: 46).

Esto también nos permite entender que la situación de violencia en el departamento del Chocó responde a intereses y situaciones recientes y, por lo tanto, no es una característica general de la historia de esta región. Así, hay dos imágenes del Chocó diametralmente opuestas y que responden a momentos históricos específicos. La reciente imagen de zona de violencia y, al anterior de ejemplo de paz.

La idea del Chocó como un “remanso de paz” aparece de forma implícita en las historias de vida de los tres protagonistas. Este paso a una zona de conflicto armado se vuelve el eje central de las historias contadas por los tres protagonistas.

“Hace unos años intenté volver a mi tierra a visitar a mi familia, pero casi me matan, yo no puedo volver a arriesgarme así. Mientras tanto, voy dándole acá a la vida, sigo trabajando, sigo saliendo adelante, por mi señora y por mis hijos, desearía que las cosas fueran distintas pero la vida es así lastimosamente”. (Entrevista a don Roberto)

De la misma manera, la aún constante violencia en el Chocó imposibilita cualquier opción de retorno y obliga a los desplazados a rehacer su vida en otros lugares, en nuestro caso, en Bogotá.

El imaginario del Chocó como zona de paz, podría estar relacionada con dos elementos: la visión idealizada de su tierra, muy asociada a un periodo previo a la violencia de las últimas décadas y, en especial, a un silencio frente a la existencia del racismo en esta región. Como ya se ha mencionado previamente, en los relatos del Deisy, Leidy y don Roberto sobre su vida en el Chocó, esta región se representa como un mejor lugar y un momento ideal, sin mención alguna de conflicto y de racismo.

La noción del Chocó sin racismo parece ser frecuente para muchas personas. Algo semejante le reclamaban a la antropóloga Manuela Caicedo cuando decidió hacer su trabajo del campo en Quibdó:

“En repetidas ocasiones, diferentes personas me hicieron este tipo de cuestionamientos. Pues para ellos era ilógico pensar que en el Chocó existieran prácticas racistas, ¿cómo es posible, si todos sus habitantes son ‘negros’? En efecto según estas ideas, perdería mis esfuerzos investigativos en un problema que supuestamente solo se ‘ve’ en Bogotá o en aquellos lugares donde converjan ‘negros’ y ‘blancos’. Otros comentarios más ‘arriesgados’ sobre mi monografía, demeritaban mi problema de investigación, al afirmar que el racismo solo hace parte de la historia del ayer” (Caicedo 2014: 36).

Esta idea del racismo como un problema de Bogotá y no de sus lugares de origen aparece de manera muy clara en los relatos de nuestros tres protagonistas. Para Leidy, la prueba de que no existía racismo en el Chocó es su experiencia en el colegio. Según cuenta, donde ella estudiaba, no existía muestra de discriminación ni de racismo, a pesar de que también había estudiantes “paisas”, (categoría con la que los chocoanos se refieren a las poblaciones blanco-mestizas, principalmente las que provienen del vecino departamento de Antioquia).

“Ni en Salquí, ni en Turbo nos decíamos esas cosas [comentarios racistas]. No, la verdad, nunca. Pues no digo que todos éramos negros, ni eso, pues en Chocó hay de todo, paisas, nunca tuvimos así que lo discriminen a uno”. (Entrevista realizada Leidy Mosquera)

Vale la pena señalar que existen investigaciones, como precisamente el ya mencionado trabajo de grado de Manuela Caicedo (2014), que se han centrado en las relaciones de los grupos racializados en Quibdó. En estos, se hace evidente las tensiones raciales entre “blancos” y “negros” en esta ciudad. Sin embargo, en las historias de vidas analizadas, nunca se mencionan a las personas a partir de un rasgo racializado. Es decir, en las anécdotas sobre sus vidas en el Chocó, Leidy, Deisy y Roberto no hacen referencia a las

personas como “negras” ni “blancas”. De esta “no-clasificación” de las personas a partir de criterios racializados, me llaman la atención especialmente dos situaciones. En primer lugar, en las relaciones desiguales en el trabajo y, en segundo, en relación al conflicto armado y el desplazamiento.

Cuando Deisy llegó a vivir a Quibdó, su madre, por la difícil condición económica que estaba viviendo, decidió enviarla a vivir a la casa de la señora Ana María. De ella, sólo sabemos que era profesora de matemáticas y trabajaba en una escuela en la ciudad. Lo acordado entre la señora Ana María y la madre de Deisy fue que Deisy – a cambio de hospedaje y educación – debía *colaborar* con las labores de la casa como el aseo, planchar y cocinar. En palabras de Deisy.

“En Quibdó, viví una época en la casa de una profesora de matemáticas que se llamaba Ana María, trabajaba en una escuela, pero no me acuerdo el nombre de la escuela. Fue una época muy difícil, llegamos con una mano adelante y una atrás como se dice. Mi mama estaba pasando por una situación económica muy complicada, más encima el desplazamiento, ella pensó que lo mejor para mí era irme a vivir con esa señora y aprender ahí, pensó que era la única forma de educarme, y vea que tuvo razón. En esa época, me toco prácticamente trabajar en la casa. Así fue como yo recibí mi educación, yo tenía derecho a vivir y comer ahí, pero tenía que hacer las labores domésticas, me tocaba arreglar la casa, planchar, cocinar, yo en esa época no sabía cocinar, mi mama nos cocinaba a todos”. (Entrevista a Deisy)

La práctica de usar niñas como empleadas domésticas a cambio de educación es bastante común en Quibdó. Las personas que reciben a las niñas suelen ser tanto “negras” como “blancas”. Sin embargo, las niñas acogidas suelen ser negras, aunque también hay *cholas*, es decir, indígenas. En muchos casos, el acuerdo no pasa por relaciones de parentesco. La señora Ana María no era ningún familiar de Deisy, por eso su trato es muy formal. Sin embargo, en ningún momento del relato es claro si ella es negra o no. Manuela Caicedo menciona en tu trabajo de grado el caso de Yarlensi, una niña que fue enviada a la casa de

su tía en el Chocó para ser empleada doméstica a cambio de educación. Sin embargo, Yarlensi era tan pequeña que no podía hacer las labores de la casa y, por lo tanto, solo recibía educación. A pesar de que tanto niñas negras e indígenas son *adoptadas* para esta labor, Caicedo evidencia una tendencia a preferir a las niñas indígenas, por parte de los patrones, que dicen que son más “calmadas y domesticadas” que las negras: “Me sorprendían estos criterios para la elección de una niña para ser empleada doméstica; evidentemente tenían que ver con nociones raciales que fijan a las ‘cholas’ como domésticas y a las ‘negras’ como rebeldes” (Caicedo 2014: 31).

Como se puede observar, esta práctica está cargada por un fuerte componente racial, pero también de clase (todas son niñas de familias pobres, y por lo general rurales) y género (siempre se trata de niñas, naturalizando la relación entre labores de casa y mujer). Sin embargo, nada de esto es explícito en el recuerdo/relato de Deisy, el cual es construido fuera de todo referente racial.

Por otro lado, a pesar de que los grupos paramilitares y guerrilleros en un principio fueron personas que llegaron de otras regiones del país, y que el reclutamiento de habitantes locales afectó fuertemente las relaciones sociales en los pueblos, ninguno de los tres protagonistas de las historias de vida, describe a los paramilitares o la guerrilla a partir de categorías raciales.

El conflicto armado, según varios investigadores, no tiene un componente racial explícito, pero sí indirecto. Es decir, ninguno de los actores armados tiene dentro de su propósito el exterminio o el ataque directo a un grupo étnico específico, sin embargo, las zonas relevantes para los actores armados – zonas de recursos y rutas de movilización estratégicas- se encuentran en zonas periféricas habitadas principalmente por comunidades

indígenas y negras. Por este motivo, la violencia ha afectado dramáticamente a los grupos étnicos del país. El pacífico colombiano, por su riqueza en minería y por ser corredor clave para la exportación de cultivos ilícitos, es una zona clave dentro del conflicto armado colombiano y es, precisamente, una de las regiones del país con una mayor presencia de grupos étnicos.

Como se había mencionado antes, esta situación ha hecho que el conflicto armado se haya convertido en una manifestación de “etnocidio”, siendo el principal acto de violencia contra los afrodescendientes que habitan el Pacífico colombiano en siglos. Aun así, no existe mucha literatura que explore esta problemática racial en relación con las guerrillas o los paramilitares. Por lo mismo, existe poca información de la presencia de población indígena y afrodescendiente dentro de los grupos alzados en armas, ni de las posibles relaciones racializadas existentes dentro de estos grupos, ni de las relaciones entre comunidades-guerrilla.

Esta no-racialización del conflicto, no sólo es poco abordada desde la academia, sino que también está presente en los relatos que cuentan los tres entrevistados. Ni siquiera en el caso de don Roberto, quien es el que más detalla las amenazas y el momento en que es obligado a desplazarse, el conflicto armado tiene relación con el racismo, sea directa o indirectamente. Veamos como don Roberto cuenta este suceso:

“Llegó el tiempo en el que me mandaron matar pero de pronto un muchacho de esos le dio mucho pesar y dijo, ‘No, es que Don Roberto le ayuda a los campesinos, a nosotros a la gente del campo y cómo lo van a matar’, entonces él salió y me avisó y pues ese día después de que me avisó dije yo no me voy. Pero mentira, arreglé mi maletín y me pasé como 10 casas más allá a ver si era verdad. A las 5 era que iban a llegar allá, preciso llegaron, revoltearon la casa de mi mamá, le preguntaron a mi mamá y ella les dijo, No, él se fue para Atadó, ustedes saben que él se mantiene allá” (Entrevista a Roberto Camacho)

Como se puede apreciar, el relato de don Roberto sobre su amenaza de muerte y su desplazamiento no se basa en una lectura racializada de la situación: ni de los habitantes del municipio son referenciados como “negros”, ni de los guerrilleros como foráneos - mestizos/blancos.

En un principio, se podría pensar que esta ausencia de racialización se debe a las características demográficas del Choco: se trata de una región en la cual la población afro es el mayor grupo poblacional y no una minoría como en otras. Como se ha mencionado previamente, tanto Tadó como Riosucio son municipios con una población predominantemente “negra” y donde los “blancos-mestizos” constituyen una “minoría” numérica. Sin embargo, existen motivos más complejos que podrían permitirnos comprender esta falta de reconocimiento.

Para esto, podemos ampliar nuestro entendimiento del racismo, no solamente como discriminación directa, sino también como mecanismo de poder sutil e incluso invisible. En este caso, las anécdotas contadas por Leidy, Deisy y Roberto sobre su vivencia en el Chocó pueden adquirir un tono distinto. Ver el racismo también como un mecanismo de poder implica poner un énfasis en la *dominación* de un grupo racializado sobre otro (Essed 1991). Esta dominación es sistemática, lo cual, en palabras de Essed, implica que “a través del modelo de organización del sistema en cuanto totalidad se reproduce la dominación. Por consiguiente, los blancos pueden dominar a los negros sin que los primeros sean necesariamente conscientes de las modalidades de acuerdo con las cuales el sistema está organizado de manera a satisfacer sus propios intereses, y no los de los negros” (Essed 1991). Con cierta similitud con la propuesta de Essed, podemos ampliar nuestro entendimiento de las formas de racismo que predominan en Colombia gracias al concepto

de *Racismo disperso* propuesto por Franklin Gil. Este menciona que el racismo puede funcionar sin que existan instituciones del mismo Estado que legitimen y ejerzan directamente la discriminación. Por el contrario, en Colombia, existen leyes que castigan el racismo.

“El sistema racial colombiano no corresponde a un modelo de tipo estatal o explícito. El adjetivo disperso no quiere decir que no esté organizado, que no tenga lógicas de funcionamiento y que no sea sistemático, sino que aparenta no serlo y que esa forma soterrada hace parte de su fortaleza” (Gil 2010: 47).

De esta manera, aunque no exista una consciencia del racismo, este tiende a excluir del acceso al poder a ciertos grupos racializados e impedir la satisfacción de sus necesidades. En este sentido, no es casualidad si gran parte de las poblaciones negras se encuentran en condiciones dramáticas de pobreza, siendo el Chocó el departamento con el mayor número de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) y con los más altos índices de marginalidad y situación de pobreza en el país (Defensoría del pueblo 2014). Esta misma opresión sistémica que ha configurado un centro de poder en los andes predominantemente blancos-mestizos y unas zonas periféricas de poblaciones negras que no tuvieron proceso de reparación del daño vivido por la esclavización sino hasta recientemente y de manera poco contundente con el reconocimiento de territorios colectivos.

Este carácter “disperso” del racismo – así como la tendencia a invisibilizar el racismo detrás de las condiciones de clase –, nos ayudan a entender por qué tanto Deisy, como Leidy y don Roberto no asocian ninguna de sus experiencias en el Chocó con el racismo. A continuación, sin embargo, se puede ver como ciertas formas de racismo (o por lo menos de racialización) se manifiestan en las historias de nuestros tres protagonistas.

En primer lugar, la discriminación y la maquinaria del racismo se manifiesta de manera sutil en los ideales de belleza y patrones de comportamiento normalizados. Muchos de estos patrones son inculcados desde pequeños a través de juegos. Esta situación es evidente en particular en el caso de Deisy, quien comenta cómo, de pequeña, ella con sus amigas, jugaban a ser modelos y reinas de belleza, compitiendo por quién tenía el mejor cabello, el mejor vestido o la que mejor desfilaba. Se buscaba emular de la manera la más fiel posible a las modelos y reinas que veían en televisión o en revistas.

“Me la pasaba bailando, modelando y peinando a mis amigas, jugábamos y soñábamos con ser modelos, salir en la televisión, visitar muchos países, vestir ropa elegante, tener toca clase de peinados, usar joyas costosas, esa clase de cosas con las que sueña uno cuando es niño”. (Entrevista a Deisy Córdoba)

Sin embargo, las mujeres que aparecen en los medios masivos de comunión encajan en los patrones de belleza blancos: cuerpos esbeltos, pieles claras, cabellos lisos y preferiblemente ojos claros. Si bien es cierto que Colombia ha tenido reinas de belleza y modelos negras, estas tienden a *blanquear* su cuerpo, es decir, lucen cabellos lizos, y rasgos físicos que se asemejan al ideal de belleza impuesto. Así, estos patrones dominantes pueden invitar a las mujeres y los hombres negros a modificar a sus cuerpos, para asimilarse a los de los blancos. El tema del cabello es fundamental para entender estos mecanismos de la racialización. Es común encontrar comentarios de “pelo malo” para el cabello ensortijado y crespo, mientras “pelo bueno” se refiere al cabello liso. De esta manera, en la forma en que el cabello es aceptado o no refleja los discursos raciales y configuran una estructura social, como menciona Caicedo. La manera de llevar el cabello de manera lisa como símbolo de “buena” presentación promueve un blanqueamiento corporal (Caicedo 2014).

En las tres historias de vida, la única que hace alusión a estos temas es Deisy. En primer lugar, habla de su propio cabello, el cual es largo y más liso como el de su abuela indígena.

De hecho, explica su estrecha relación con el cabello y su habilidad con el peinar a partir de esta herencia.

“Yo tenía el pelo súper largo porque mi abuela, la mamá de mi papá era india, entonces mi mamá hizo que yo tuviera el pelo de mi abuela, entonces yo tenía el pelo largo y yo misma me peinaba. Yo no dejaba que mi mamá me peinara”
(Entrevista realizada Deisy Córdoba)

La importante relación con Deisy con el cabello también se ha trasladado a Bogotá, donde peina y trenza como una forma de conseguir una ayuda económica. Al respecto Deisy menciona un episodio que es interesante ver en este momento, a pesar de que más adelante se abordará con detalle el racismo vivenciado en la capital, ya evidencia una transformación en la valoración del, donde el cabello liso y “bien peinado” es ahora una manifestación del racismo interiorizado.

“Creo que también eso [Falta de orgullo] viene de la casa; algunos papás, como por el temor dicen: ‘no, que el niño no puede andar con trenzas, que tiene que andar con el pelo bien liso porque ella tiene que parecerse a las amiguitas rolitas’”. (Entrevista a Deisy Córdoba)

Cuando se vivía en el Chocó, alisar los cabellos y el peinarse adecuadamente no es visto como un problema de falta de orgullo, muy al contrario, es el estándar de la “buena presentación” y se elogia su cabello más liso, herencia de su abuela indígena. Una posición muy distinta manifiesta Deisy en Bogotá, donde alisar el cabello a las niñas que van a la escuela es leído por ella como una manera de no inculcarle orgullo por parte de los padres a sus hijas. Según ella, el motivo por el cual alisan los cabellos es el de *parecerse* a sus amigas bogotanas. Es decir, Deisy evidencia un problema de racialización que atraviesa el cabello. El cabello y el color de piel, desencadenan relaciones que constituyen fuerzas de dominación racial incluso así no se evidencie en las historias de vida en el Chocó. Caicedo

en su trabajo evidencia con mayor detalle esta complejidad al analizar los actos de rechazo y discriminación en Quibdó con las personas que no alisan ni *arreglan* sus cabellos (Caicedo 2014).

De esta forma, se hace evidente en las historias de vida analizadas que existían rasgos racializados antes de ser desplazados. Si bien la mayoría de estos no eran vistos como muestras de un racismo o una discriminación, si evidencian la existencia de un racismo estructural y de formas de racialización que, por un lado, permiten el desarrollo del conflicto armado y potencializan los vejámenes de la guerra y, por el otro, se evidencian también en la relación con sus cuerpos. Estos elementos están tan interiorizados dentro de las normas sociales en el Chocó que para sus habitantes es difícil ver en ellos muestras de racismo.

Sin embargo, cuando llegan a Bogotá, los migrantes chocoanos tienen que enfrentarse con una sociedad caracterizada por distintas normas y prácticas racializadas. Después de haber vivido en una situación en la cual las formas de racialización eran más que todo implícitas, los desplazados se encuentran por primera vez con formas directas y explícitas de discriminación. El desplazamiento hacia Bogotá implica en este sentido confrontarse a una sociedad donde son minoría y en la cual sus prácticas, costumbres y cuerpos son cargados de valoraciones que van desde el rechazo a la exotización. En el caso de Deisy, Leidy y Roberto, la llegada a Bogotá se acompañó de un cambio evidente en la manifestación de la racialización: para los tres, es donde ha vivido la experiencia directa del racismo. Pero antes de describir estos aspectos de manera más detallada, es necesario entender el proceso de desplazamiento como tal.

CAPITULO 2:

Una nueva vida en Bogotá: racialización, racismo y resistencias en la capital.

La experiencia en el Chocó antes de ser desplazados contrasta radicalmente con lo vivido en Bogotá. Desde el mismo momento en que llegan a la ciudad, el racismo se vuelve una constante en la vida de los tres protagonistas. Si bien, con matices diferentes, en todos los tres casos es la primera vez en que son llamados de “negros” y, de la misma forma, empiezan a llamar a los demás de “blancos”. Como señalé previamente, la raza es una construcción social a partir de rasgos arbitrarios. Aunque en sus anécdotas en el Chocó, ninguno de los tres se autodenomina negro, para los habitantes en Bogotá, muchos de sus rasgos físicos y culturales son accionados como elementos de diferenciación, permitiendo leer a Deisy, Leidy y Roberto en estereotipos que, en la mayoría de los casos, ejerce una discriminación negativa.

Sin embargo, como señala Caicedo (2014) existen otros actos de discriminación que padecen los tres protagonistas más allá del racismo, como son los sistemas de subalternización por género, clase y edad. Para nuestro caso, además de estos sistemas generadores de discriminación, hay que mencionar por aparte la condición de desplazado. Aunque esta puede estar asociada a cuestiones de clase de una forma indirecta, reducirla a esta cuestión sería perder las complejidades que esta categoría tiene. Todos estos detonantes de actos de discriminación se articulan entre sí complejizando la experiencia del racismo en Bogotá.

Así, este capítulo tiene dos grandes temas a resaltar. Primero se abordará los actos discriminatorios experimentados por las poblaciones autodenominadas “afrodescendientes” o “negras” que habitan la ciudad. Se analizará en especial el racismo vivenciado por los tres

protagonistas. Se hará énfasis en cómo la “raza” se superpone a otras categorías como “género” “clase” y “desplazado”, señalando la complejidad del racismo que experimentan los tres protagonistas de las historias de vida. En especial, me centraré en la manifestación en la cotidianidad de las relaciones racializadas, teniendo en cuenta factores de clase y de género, que marcan y complejizan la experiencia de las comunidades negras desplazadas (Meertens, Viveros, Arango 2008).

En un segundo momento, me centraré en cómo se generan respuestas en contra de este racismo, tratando de resignificar las categorías y los estereotipos asociados a los “negros” y, además, exaltando valores considerados “positivos” y que generan una discriminación “positiva”. Esto teniendo en cuenta las complejidades de los procesos señalados. De igual forma, se mostrará cómo estas estrategias, aunque pensadas como respuesta al racismo, también interactúan con otros mecanismos de discriminación que afectan no sólo a poblaciones autodenominadas como “negras”, sino a los demás habitantes de los barrios de escasos recursos donde viven Deisy, Leidy y Roberto viven, en especial a los jóvenes.

2.1 La violencia del desplazamiento

El desplazamiento de Chocó y la llegada a Bogotá, está marcada por varios factores históricos y políticos que, por siglos, han convertido este departamento en una región periférica y abandonada por el Estado. En las definiciones tradicionales del desplazamiento, se hace énfasis en la *experiencia* de abandonar su lugar de origen y llegar a las grandes ciudades del país. Sin embargo, y coincidiendo con Oslender (2004), es importante tener una mirada más compleja sobre el desplazamiento forzado, más allá del desplazamiento en

sí, teniendo en cuenta las *geografías del terror* asociadas a este suceso. Es decir, es necesario tener una mirada que tenga en cuenta las configuraciones territoriales existentes en los lugares de origen y cómo estas se articulan con el desplazamiento forzado. Por esto, es necesario entender las condiciones estructurales que hacen al Chocó un escenario de conflicto y han construido mecanismos que conectan el lugar de llegada con su lugar de origen.

El fuerte centralismo del país ha creado una división jerarquizada que tiene en cuenta marcadores raciales y de clases (Montoya & García 2010). Así, las regiones periféricas poseen una mayor población de comunidades negras e indígenas, la mayoría en situación de pobreza, baja presencia estatal y representación política. Mientras el centro del país, concentra las principales ciudades, y es el *lugar* de la población tradicionalmente vista como mestiza. Esta fuerte división por raza, ha hecho que, en los imaginarios del país, los Andes y las grandes ciudades no sean *lugares de negros*. Estas implicaciones, en el caso de Bogotá se analizarán más adelante.

Por otro lado, en las tres historias de vida, especial en la de Roberto Camacho, la principal condición que generó las amenazas y su consecuente desplazamiento fue el vínculo con el trabajo comunitario. La relación entre el trabajo por la comunidad y las amenazas de muerte no es extraña ni en la región ni en el país. De hecho, es una de las formas más comunes en que se manifiesta la violencia del conflicto armado. Las amenazas de muerte han venido en aumento en el Chocó desde el inicio del siglo XXI. Los municipios de Tadó y Riosucio se encuentran entre los 5 más afectados del Chocó por esta modalidad del conflicto (Defensoría del pueblo 2014). Muchas de estas amenazas de muerte están asociadas a líderes y lideresas sociales que entran en oposición con los grupos armados.

Esto es importante resaltar ya que permite ver que las situaciones vividas por don Roberto, Leidy y Deisy – lejos de ser casos aislados – reflejan una situación estructural en sus lugares de origen: el desplazamiento y la amenaza de los líderes sociales del Chocó.

En el caso de Roberto Camacho, el desplazamiento fue consecuencia de amenazas directas.

Don Roberto recuerda así el día en que se enteró de que lo querían matar:

“En mi tierra todo cambio cuando empezó a meterse la guerrilla, comenzaron los enfrentamientos, el abuso a la comunidad. A muchos conocidos míos, vi morir. Teníamos que obedecer las órdenes. Como yo era líder comunitario, yo no les gustaba a esa gente. Un día subió a mi casa el ‘mono’, me mostro la lista de los que iban a matar, yo la encabezaba, me dijo que me fuera, pues yo era el siguiente”. (Entrevista a don Roberto)

Las razones por las cuales fue amenazado de muerte tienen que ver con su rol dentro de la comunidad. Como se mencionó antes, Roberto Camacho participaba en la Junta de Acción Comunal del municipio y trabajaba con los jóvenes con su escuela de fútbol. En general, cualquier tipo de organización y de accionar que no apoye alguno al grupo dominante, es visto como una amenaza, bajo esta lógica los miembros de Juntas de Acción Comunal, ONGs, político o grupos de jóvenes que se opongan a los intereses del grupo alzado en armas, puede ser blanco de amenazas de muerte. Los grupos de jóvenes, especialmente los asociados al deporte y la danza, siempre han sido vistos como amenazas para el control de los grupos armados ya que pueden generar procesos de resistencia al reclutamiento. Precisamente, por su oposición, don Roberto fue objeto de amenazas contra su vida. En palabras de don Roberto:

“Yo era líder comunitario y vicepresidente de la Junta de Acción Comunal, tenía una escuelita de fútbol (...) llegó el tiempo en que la guerrilla empezó a mandar y reclutaban al Club. Sin embargo, uno sabía, uno no les decía nada, simplemente hacía el trabajo y se hizo el trabajo, se hizo bien y los muchachos no se dieron entonces ya vinieron las represalias contra mí” (Entrevista realizada a Roberto Camacho).

Leidy Mosquera, en su caso, llegó a Bogotá desplazada de Turbo cuando tenía 16 años, tras haber sido desplazada previamente de Salaquí, Riosucio. Los motivos por los cuales tuvo que dejar los dos municipios fueron las amenazas hechas por paramilitares y guerrilla a su padre – Eusebio Mosquera – quien, al igual que don Roberto, hacía parte de la Junta de Acción Comunal local. Sin embargo, a diferencia de don Roberto, más que por su influencia en los jóvenes para su no reclutamiento, las amenazas al padre de Leidy se centran en rumores de alianzas políticas con alguno de los dos bandos.

“En ese tiempo, los paramilitares y la guerrilla estaban en enfrentamientos, entonces mi papá era parte de la Junta de Acción Comunal de la comunidad y pues amenazas, digamos, no faltan las personas que quieren involucrar a las personas que no tienen nada qué ver y, por medio de él, que lo estaban amenazando, nos tocó salirnos de Río Sucio” (Entrevista a Leidy Mosquera)

Por último, Deisy Córdoba fue desplazada de Riosucio hacia Quibdó y, de ahí nuevamente hacia Bogotá. Ella llegó a la capital a la edad de 14 años acompañando a su padre y sus hermanos. El motivo por el cual fue desplazada, junto con su familia, es similar al de los anteriores dos casos: la participación política de sus familiares. En su caso, su hermano Marino Córdoba hacía parte de la Junta de Acción Comunal del municipio.

“Cuando salimos desplazados, teníamos como unos 13 años. Llegamos a Quibdó y después ya hubo un pequeño inconveniente con uno de mis hermanos en Quibdó, entonces vinimos para acá. Pero no toda mi familia, sino parte; digamos, mi hermano tuvo el inconveniente y se quedó 3 semanas más y después se vinieron otros hermanos también desplazados. Entonces fui doblemente desplazada”. (Entrevista a Deisy Córdoba)

Otra característica que poseen en común los tres casos es que su experiencia del desplazamiento fue familiar. Esto difiere mucho a lo señalado por Quintero (2010) quien

afirma que la migración hacia las ciudades en Colombia es predominantemente femenina, de jóvenes adultos y más a menudo, no familiar.

En el caso de Deisy y Leidy, a pesar de que las amenazas recayeron sobre su padre o su hermano, la migración fue del núcleo familiar completa. Incluso, en el caso de Roberto Camacho – quien llegó a Bogotá joven y sin familia – las lógicas familiares jugaron un papel importante. Don Roberto llegó a casa de un familiar en el sector La Isla, Altos de Cazucá. En este sentido, las relaciones familiares no se limitan al núcleo (papá, mamá, hijos e hijas) sino que se extiende a primos y padrinos y conocidos de la familia. Estos lazos son extremadamente importantes ya que son los que les aseguraron un lugar donde llegar en Bogotá. Así lo comentan Leidy y Deisy:

“Mira que la gran mayoría de desplazados llegan a Cazucá. El primo trae al otro primo, el primo trae a otro sobrino, uno siempre está cerca de la familia, de los vecinos, de los amigos”. (Entrevista realizada a Leidy Mosquera)

“Hay tanta gente de la tierra de uno que uno llega a las zonas de la ciudad es por el voz a voz, que el primo de no sé quién está allá y los puede ayudar. Marino [su hermano] conocía desde antes a Eusebio Mosquera, el papá de Leidy, ellos nos dieron la mano en ese momento”. (Entrevista realizada a Deisy Córdoba)

Las redes de parentesco permitieron que sus llegadas fueran un poco más llevaderas. Así, cuando don Roberto llegó a Bogotá, muchos familiares lo estaban esperando y fueron los encargados de acogerlo en la capital. Por otro lado, estas relaciones también permitieron que Leidy y Deisy se conocieran y comenzaran a bailar.

Estas redes de parentesco están relacionadas con las estructuras familiares en el Chocó. Como se mencionó en el anterior capítulo, las familias en el pacífico suelen ser extensas y permiten la construcción de redes sociales entre los ríos. En el caso del desplazamiento, estas mismas redes permiten que, al llegar a Bogotá, exista alguien que pueda recibirlos y

ayudar mientras se adapta a la ciudad. Deisy es un ejemplo claro de estas redes de familiares. Cuando llegó a Bogotá, fue acogida por un amigo de su hermano en el barrio 20 de Julio, el cual se caracteriza por tener una alta población desplazada del Pacífico.

“A Bogotá llegamos en el 2003. La llegada a Bogotá fue muy dura (...) Llegamos a vivir al barrio 20 de julio porque a mi hermano Marino, le ayudo un amigo a conseguir un apartamento”. (Entrevista realizada a Deisy Córdoba)

Estas redes, al permitir la instalación de familiares y amigos en Bogotá, también han permitido construir “colonias” de personas desplazadas del pacífico en Bogotá. Las colonias, como el mismo don Roberto señala, han facilitado su adaptación a la capital. Al permitir conservar, por lo menos en un cierto grado, las costumbres y la familiaridad vivida en el Chocó:

“Acá en esta zona hay más población desplazada, gente de mi mismo departamento, con los que comparto mis costumbres, con lo que me entiendo. Uno nunca deja ser quien es, eso no se borra, acá uno intenta conservar sus costumbres, sus hábitos y creencias, pero no todo es tan fácil, el mismo espacio físico te lo impide”. (Entrevista a Roberto Camacho)

Sin embargo, llegar a Bogotá, aunque les ha permitido conservar la vida y la de sus familiares, tampoco ha significado un proceso fácil. Aunque las redes de parentesco se han convertido en los principales aliados para adaptarse a la ciudad. Desde el momento en que llegaron a Bogotá, existen varios factores que han dificultado su adaptación, en especial, el encontrarse de frente con la discriminación y el racismo.

2.2 Discriminación y racismo en Bogotá

Históricamente, como se ha dicho, Bogotá ha sido considerada una ciudad “mestiza”. A pesar de que la capital del país ha recibido constantes migraciones de personas afrodescendientes desde la década de 1950 (Quintero 2010), la población negra en Bogotá ha sido completamente invisibilizada durante muchos años. Así, en el imaginario de muchos habitantes de la ciudad, las poblaciones “negras” no son de Bogotá, llegaron recientemente y/o todos son desplazados, a pesar de que existan familias con más de tres generaciones en la ciudad. Sin embargo, esta situación ha empezado a cambiar. Hoy en día nadie se atrevería a afirmar que no existen “negros” en Bogotá. Como lo explican Donny Meertens, Mara Viveros y Luz Gabriela Arango (2008), los “negros” se han vuelto parte de la imagen cotidiana de la ciudad. Desde la venta de frutas en la calle o restaurantes del pacífico, pasando por peluquerías hasta llegar a empleados del Estado, la presencia “negra” – aunque sigue marginalizada – se siente en la ciudad.

El desplazamiento por la violencia en las regiones periféricas ha sido fundamental en este proceso. El gran número de población negra desplazada que ha llegado en las últimas décadas a las grandes ciudades del país ha tenido efectos en la visibilización de sus realidades y problemas a nivel nacional. Incluso, ha ayudado en la visibilización de la presencia histórica afro en el interior. De esta forma, se crea un nuevo escenario de confrontación y diálogos:

“Esta visibilización ha constituido un nuevo reto para el funcionamiento real de la democracia, pues mientras se pretendía poner punto final a las formas institucionales de discriminación racial, la presencia masiva de población negra desplazada en la capital ha puesto en escena un nuevo teatro de micro-procesos sociales”. (Meertens, Viveros, Arango 2008: pág.183)

Igualmente, esta visibilización ha permitido que la discriminación se haya hecho más evidente y reconocible hasta en los episodios más cotidianos. Los barrios a los que llegan las comunidades desplazadas constituyen uno de estos escenarios donde el *teatro de micro-procesos sociales* toma lugar. Estos barrios, además, poseen condiciones específicas de exclusión, violencia y estigma que complejizan las relaciones racializadas y, por lo tanto, la vivencia de la discriminación y las respuestas de las poblaciones negras que llegan a vivir ahí.

La discriminación, como experiencia, aparece en los recuerdos de los tres protagonistas de las historias de vida en Bogotá, desde el mismo momento de su llegada, hasta sus más recientes vivencias. Sin embargo, esta experiencia es mucho más compleja que otorgarles valores negativos a constructos sociales basados en rasgos físicos. Este concepto, como se señaló en la introducción es relacional y, por lo mismo, la categoría de “negro” está ligada a la categoría de “blanco”. Por eso, no es de extrañarnos que las categorías racializadas como “negro” o “blanco”, no aparecieran de forma explícita en sus recuerdos de sus vidas en el Chocó. Sólo, cuando son señalados como “negros”, se señala al otro como “blanco”.

Acá entra en juego un tipo de racismo que es denominado por Merteens, Viveros y Arango como *racismo ordinario*, es decir, aquel que “se expresa en espacios anónimos de interacción como la calle, los buses o los almacenes, hasta la discriminación abierta o el maltrato directo en los ámbitos del trabajo o la residencia. El racismo ordinario está compuesto de gestos, chistes y comentarios lanzados al aire o de la apelación de ‘negro’ o ‘negra’ en tono despectivo” (Meertens, Viveros, Arango 2008: pág.187).

En las tres historias de vida, la experiencia de ser discriminados por sus rasgos físicos y costumbres aparece en el momento mismo en que llegan a Bogotá y se expresa en lugares

como los colegios, las calles y los buses. En un principio, los estereotipos negativos asociados a lo “negro”, dificultaron conseguir vivienda. Aunque las familias de Deisy y Leidy llegaron a vivir a casa de familiares, al poco tiempo tuvieron que buscar otro lugar donde vivir. Esta búsqueda está atravesada, entre otros factores, con estereotipos acerca de los “negros”, como bulliciosos o sucios, que se evidencian en la desconfianza de la mayoría de los arrendatarios. Además, el gran tamaño de las familias también representa un problema.

“Era muy difícil para arrendarle a una persona. Entonces eso fue lo más difícil. Digamos que nosotros hemos estado acostumbrados a vivir en casas grandes y entonces en una piecita para 8 personas... imagínese. Dormíamos unos sobre otro (...) En Bogotá, también vivimos una época en la casa de una tía (Petrona Mosquera) que vivía en Ciudad Bolívar en un barrio que se llama Potosí, ahí nos quedamos mientras mi papá se terminaba de organizar (...) actualmente vivimos en el 20 de Julio”. (Entrevista a Leidy Mosquera)

Aunque ni Leidy y Deisy hacen mención de este tipo de estereotipos a la hora de conseguir casa, Meertens, Viveros y Arango, si mencionan para numerosos casos de desplazados en Bogotá esta serie de estereotipos como una dificultad frecuente a la hora de conseguir vivienda.

Por otro lado, se encuentra la discriminación propia en los lugares de socialización. Para Leidy, esta experiencia implicó por ejemplo un choque fuerte en el colegio, donde fue víctima de manoteo.

“Cuando ya entramos al colegio, a la escuela, pues siempre no faltan las personas... Yo lo llamo ignorancia porque discriminar a otro por su color o su forma de hablar... Pues también fue un poco difícil para nosotros. Yo, al principio, la verdad no quería ir al colegio. Que le estén diciendo cosas a uno, lanzándole frases feas... eso que la negra cous-cous, eso son cosas que la gente dice, o que se oscureció el día, cosas así” (Entrevista realizada Leidy Mosquera)

Del mismo modo, Deisy tuvo que enfrentarse con actitudes abiertamente racistas, tanto en los buses como en las calles.

“Uno iba por la calle, los hombres le gritaban a uno cosas súper feas. Decían ‘negra no sé qué’, mejor dicho... Y si uno se subía a un colectivo había una silla ahí vacía y no se iba a sentar ahí y llegaban y se corrían para que uno no se sentara” (Entrevista a Deisy Córdoba)

La discriminación se basa en una multiplicidad de estereotipos: en algunos casos, el ser “negro” se asimila con ser ladrón, en otros está la idea de la suciedad o la idea de personas que no se deben tocar. Así cuenta Deisy una anécdota sobre su hijo y las demás madres de familia del colegio donde él estudiaba:

“Entonces, que si tú eres negro, todo lo malo eres tú. Quizás en el noticiero ves a una persona negra que estaba robando y tú vas pasando... ¿Sí me entiendes? Yo le decía a una señora cuando venía a dejar el niño, porque veníamos con Dani, y una de las señoras corrió el niño como para que Daniel no lo tocara. Entonces le dije yo: ‘el racismo está marcado y va creciendo en los niños porque los mismos papás se lo van inculcando’. ‘Ay sí, yo no quiero que mi hijo toque su hijo’ y le dije: ‘¿Usted sí sabe que mi hijo puede ser mejor que el suyo?’ – ‘¿Por qué?’ – ‘Porque mi hijo se siente orgulloso de lo que es; y al sentirse orgulloso de lo que es va a ser un niño feliz toda la vida’” (Entrevista a Deisy Córdoba)

Estas son las principales muestras de discriminación que señalan los tres entrevistados. Los casos apelan a clichés y gestos despectivos contra la población negra en la forma de un racismo cotidiano que va más allá de los rasgos físico. Si bien el primer referente es el físico, existen otros elementos culturales que son racializados y que son objeto de racismo, como es la forma de hablar, de vestir y de peinarse.

“Como experiencias negativas que he tenido en Bogotá, la discriminación por mi color de piel. Cuando uno viene del Chocó la forma de hablar es diferente, el acento es diferente, la forma de vestir, las trenzas, eso es experiencia negativa, digamos la falta de oportunidad para uno conseguir un empleo, para ingresar a la universidad”. (Entrevista realizada a Leidy Mosquera)

Don Roberto menciona también como al principio las personas en la ciudad en vez de brindarle ayuda, a la hora de pedir indicaciones, los enviaban a otros lugares por “ser negro”:

“Uno tiene un problema, confía en la buena fe de las personas. Yo tengo una dirección en la mano, pregunto a alguien dónde queda esta dirección. Ellos le miran la mano, luego lo miran a uno, vean que uno es negro. Primero, lo botan más lejos. Otros le dicen, ni idea. Entonces uno se queda pensando ‘estoy perdido’”. (entrevista a Roberto Camacho).

También señalan un tema fundamental de la discriminación: el acceso al trabajo. En su experiencia, Roberto Camacho señala que ser “negro” constituía un motivo suficiente para no darle una oportunidad laboral.

“En esa época, por el solo hecho de ser negro, me daban la espalda, no me daban trabajo, ni ninguna clase de oportunidad, y peor estando en situación de desplazamiento donde la gente piensa lo peor de usted” (Entrevista a Roberto Camacho)

Del mismo modo, la situación laboral ha sido difícil para Leidy y Deisy. En el momento en que se realizó la investigación Leidy se encontraba desempleada:

“No, ahorita no estoy trabajando. Estaba en un Contact Center, que también fue a través de la organización, con una ONG, el SENA, y entonces cuando usted me llamaba estaba en prácticas. Uno allá no puede tener el teléfono en mano. Como es comunicación con el cliente, piensan que de pronto uno va a mandar información por teléfono y es complicado. Pero ahorita ya terminé las prácticas y ya no estoy haciendo nada.” (Entrevista realizada a Leidy Mosquera).

Deisy también ha manifestado tener dificultades a la hora de conseguir trabajo. Estas dificultades están asociadas no sólo a la discriminación de tipo racial, sino también a la cuestión del género. Las mujeres desplazadas negras parecieran estar condenadas a lugares estereotipados y de los cuales es difícil salir. Según Marteens Viveros y Arango, “las

mujeres parecen tener a su disposición solamente opciones de vida estereotipadas: empleo doméstico, prostitución, así como responsabilidades maternas no compartidas” (Meertens, Viveros y Arango 2008: 210). Tanto para Deisy como para Leidy, una salida a esta situación, aunque poco remunerada, ha sido el trabajo cultural, el bailar y el hacer peinados y trenzas.

Sin embargo, la racialización no se manifiesta solamente en la discriminación negativa. Como Wade (2013) ha señalado, las clasificaciones raciales son ambiguas y se contraponen. De tal manera que lo “negro” no sólo se asocia a estereotipos negativos como los ya mencionados, sino también, bajo ciertos escenarios, se pueden resaltar valores positivos. Esto se puede evidenciar inicialmente en Don Roberto, quien menciona también algunos momentos en los cuales ha sido reconocido o tratado con valor, incluso cuando era categorizado como “negro”. En su caso personal, este tipo de “reconocimiento racializado” se ha dado por ejemplo en el marco de algunas experiencias laborales exitosas:

“Entonces yo empecé a trabajar y empecé empañetada y después les pusimos baldosa. El señor vino, miró, trajo una escuadra y se quedó pensando. Me dice: ‘Roberto, ¿quién hizo esto?’ – ‘Yo, señor’. – ‘Y usted en su pueblo cómo lo hacía?’ – ‘Así mismo’. Me dice: ‘Créame que es único. Desde ahora en adelante se va a entender conmigo; solo conmigo’. Y así fue, hasta que llegó un maestro que nos exigió que teníamos que darle plata. Yo le dije que no, que si yo trabajo, porqué le voy a dar plata. Se disgustó, discutimos un rato, los muchachos dijeron que se iban porque el maestro estaba exigiendo plata. Si yo hago mi trabajo bien hecho, ¿por qué le voy a dar plata? Entonces el Ingeniero le dijo al maestro que con esos negros no se metiera. Deje que esos negros trabajen, yo mismo les pago a ellos y no se meta con ellos”. (Entrevista a Roberto Camacho)

En esta experiencia, el buen trabajo realizado se convierte en un escudo de defensa contra el racismo. De esta manera, su jefe lo defiende frente a los abusos de otras personas y lo reconoce como “negro” al tiempo que le atribuye valores positivos. Esta situación es mencionada varias veces por don Roberto cuando habla de su experiencia laboral en la

ciudad. Otro ejemplo bastante similar al anterior, pone por encima a los “negros” frente al ingeniero:

“Entonces vino un Ingeniero, un costeño, preguntó qué pasó con el negro. Es que quiero trabajar con ellos porque son muy buenos, le dijo el otro. Entonces llamaron al maestro y le dijeron: ‘¿usted quiere trabajar más acá?’ Él dijo que claro, entonces le dijeron: ‘entonces tiene que portarse bien con los negros’. De ahí en adelante, ya dejaron la vaina, nosotros seguimos nuestro trabajo, trabajamos mucho tiempo con ellos”. (Entrevista don Roberto Camacho)

Es interesante que el valor de buen trabajador no es sólo mencionado por don Roberto hacia sí mismo, sino que es asociado a todos sus compañeros “negros”. Así, no es don Roberto el bueno trabajador sino “los negros” los buenos trabajadores, asociando a la categoría de negro el valor de buen trabajador.

Este episodio puede dejar ver lo importante que es para Roberto Camacho ser buen trabajador, valor que vive resaltado en varias ocasiones, sea para reprocharle a los jóvenes, o felicitarlos, el valor por excelencia es el trabajo. Se puede decir que, para don Roberto, el “buen trabajador” es un mecanismo que contrarresta los estereotipos negativos y logra una aceptación.

Sin embargo, estas formas de reconocimiento, pueden ser muy ambiguas y engañosas. Desde el punto de vista de los discriminados, se crea la idea de que “hay que ser el mejor, eso asegurará que nadie te discrimine” (Franklin Gil 2009: 74). Si bien, como señala Gil, el valor de ser buen trabajador no necesariamente está asociado a una pertenencia racial, si lo están los esfuerzos extraordinarios y el sentimiento de estar constantemente sometidos a evaluación. De igual forma, el proceso de reconocimiento no sólo pasa por mostrar las habilidades que se tiene sino también por no quejarse. Don Roberto nos cuenta cómo, en un

principio, tuvo que soportar problemas y dificultades con el maestro de obra hasta que no soportó más y puso la queja al ingeniero de la obra:

“Entonces ellos, cada vez que pagaban, se sentaban a tomar cerveza. Yo muy poco. Y un día me llamó, que necesitaba hablar conmigo, que si quería una cerveza, le dije: ‘no señor’. Que yo porqué si los demás tomaban cerveza, yo no. Ese señor, tras de lúcido, incumplido. Dije: ‘Maestro, con usted no quiero tratar. Lo único que sé es que queremos trabajar y ese es el orgullo de nosotros. No tenemos que estar pidiéndole cacao a otro’. El señor empezó con mucho problemita y un día le dije al Ingeniero que mejor nos íbamos porque si un día el nos coge mal, le vamos a dar su golpe y entonces mejor evitemos”. (Entrevista a don Roberto Camacho).

En este episodio también se mencionan dos cosas que es importante resaltar. En primer lugar, don Roberto señala que mientras todos los demás tomaban, él no. Además, resalta que el orgullo de ellos, refiriéndose a los negros, es trabajar. Gil señala que ser el mejor para conseguir reconocimiento también implica “exponerse a largas jornadas de trabajo, renunciar a espacios de ocio y sociabilidad e imponerse rutinas de autodisciplina” (Gil 2009:74).

2.3 Ser desplazado y el estigma en los barrios de Bogotá

Los barrios de Bogotá en los cuales llegan, por lo general, las familias desplazadas del Chocó suelen estar ubicados en las zonas periféricas de la ciudad donde las condiciones de vida no son las más favorables. Por un lado, existe un fuerte imaginario en la ciudad que la divide en dos grandes sectores diametralmente opuestos: el norte – lugar donde viven las personas con dinero - y el sur, donde se encuentran los barrios peligrosos, e incluso, para algunas personas, el lugar donde viven ladrones y personas peligrosas, que, aunque la realidad es mucho más compleja que esta visión simple, si genera un estigma para los

habitantes de estos barrios. Por otro lado, están los problemas internos de estos barrios. Los barrios periféricos reproducen, en gran medida, los esquemas de olvido, desigualdad y abandono en que se mantienen las regiones periféricas del país. Así, estos barrios se caracterizan también por altos niveles de violencia, como por la presencia de actores armados y de bandas criminales. En este sentido, estas familias que huyeron de sus regiones en búsqueda de una situación más tranquila, difícilmente pueden salir de su condición de víctimas del conflicto armado. De esta forma, la discriminación y la violencia que experimentan Deisy, Leidy y don Roberto, no sólo está relacionada con ser “negro” sino que se superpone con su condición de ser desplazados y de vivir en los barrios periféricos de la ciudad. De tal manera que, a veces, es difícil determinar las fronteras entre la discriminación generada por cada distinta categoría.

Por otro lado, muchos habitantes de la ciudad (incluyendo actores institucionales) entienden la presencia afro en estos barrios periféricos como un fenómeno reciente y producto sólo del desplazamiento. Sin embargo, como lo señala Merteens: “Esta suposición no es necesariamente cierta; por una parte, muchas de las personas negras que viven en la localidad llevan mucho tiempo residiendo en la ciudad y otras, incluso, nacieron en Bogotá. Sólo un pequeño pero creciente porcentaje está compuesto de inmigrantes recientes provenientes de regiones en las que la intensificación del conflicto armado ha dado lugar a desplazamientos forzados”. (Meertens, 2002: 78)

En los relatos de las tres historias de vida, el hecho de vivir en un barrio periférico constituye otra “marca” que se suma al “ser negro” y contribuye a reforzar los actos discriminatorios de los cuales son víctimas. El racismo, como Essed menciona, interactúa con fuerzas dinámicas de dominación tanto de género como de clase. En

este caso, la condición de ser desplazados y tener vivir en barrios marginales de la ciudad contribuye sin duda a reforzar la discriminación vivida.

“ [de] Ciudad Bolívar, que yo no sé qué más... Además negros, los negros que tienen mañas, que huelen feo. Hay personas que: ‘ah, y usted dónde trabaja?’ – ‘Yo trabajo en Ciudad Bolívar’ – ‘Ay, peor! En Ciudad Bolívar que hay matones’. En todos los barrios, hay matones” (Entrevista realizada a Deisy Córdoba)

En este sentido, se podría hablar una “racialización sectorizada” en la ciudad, ya que la forma en que los mecanismos de racialización afectan a los tres entrevistados parecen cambiar según el sector de la ciudad. Así lo señalan Meertens, Viveros y Arango: “La ‘sectorización’ también se aplica a los hombres, percibidos en el norte como obreros, como personas socialmente subordinadas o como intrusos sospechosos. En el sur, la gama de posibilidades se abre y pueden ser maestros o maestras, o simplemente vecinos” (2008: 207). Esta forma diferenciada de racialización por sectores aparecen muy claramente en las anécdotas de Deisy:

“Al menos con el grupo con el que iniciamos, íbamos a las presentaciones al norte desde Ciudad Bolívar y la gente era con este temor como si fuéramos a robar o algo. Fue terrible”. (Entrevista realizada a Deisy Córdoba)

El norte de la ciudad se convierte en un lugar homogéneo en el imaginario de Deisy, donde, además, a pesar de ir a realizar un acto cultural, eran observados con precaución, como miedo a que fueran a robar. De igual manera, corroborando lo señalado por Meertens, Viveros y Arango, en los barrios donde viven Deisy, nunca son señalados o tratados como si fueran ladrones, en estas circunstancias, sino que el racismo se manifiesta de otras formas.

Por otro lado, está la violencia que se vive en los barrios. Como se ha mencionado a lo largo del capítulo, los barrios donde llegaron los tres protagonistas de las historias de vida han sido afectados por un alto nivel de violencia que se ha incrementado con los años.

Leidy comenta al respecto:

“El barrio (la Isla) de cierto año para acá se ha vuelto demasiado peligroso; muchas bandas o grupos armados porque uno no sabe, que llegan ahí a dañar el barrio, porque eso es lo que hacen, dañar el barrio” (Entrevista a Leidy Mosquera).

La principal preocupación con la violencia se centra en los jóvenes de los barrios, los cuales son muchas veces reclutados para hacer parte de estas bandas de criminales. Don Roberto manifiesta también esta preocupación. Precisamente, por la muerte de varios jóvenes, AFRODES evidencia la importancia de hacer algo en contra de esta violencia y decidieron, como estrategia contra la guerra y la discriminación, apoyar a los grupos de jóvenes: uno de danza y otro de fútbol.

2.4 Resistencia a la discriminación a partir de la cultura

La experiencia de la discriminación y de violencia en Bogotá ha generado procesos de organización y politización de las poblaciones desplazada señaladas como “negras”. Para contrarrestar la discriminación y el racismo, se han desarrollado mecanismos que buscan, en primer lugar, apropiarse de las clasificaciones de la que son objeto, reconociéndose como “negros” o “afrocolombianos” y resignificar el “ser negro” de tal manera que se asocien elementos positivos.

Como se había mencionado previamente, no todas las personas que hoy en día se reconocen como “negros” lo hicieron siempre. Más bien, como se puede inferir de las historias de vida analizadas, las situaciones vividas en Bogotá han hecho que surja esta identificación. Así lo menciona Deisy:

“Mira que algo impresionante porque cuando ya empezamos fuerte en el grupo, yo les decía: ‘Yo no nací acá en Bogotá pero yo no soy negra’. ‘¿Y tú cómo no vas a ser negra?’ Acá en Bogotá o donde sea. Y alguna de esas jóvenes hoy en día se sienten súper orgullosas, no solo de estar en el grupo sino de ser negras porque antes bajaban la cabeza; que no, pregúntele a la profe” (Entrevista a Deisy Córdoba)

Este reconocimiento va de la mano de una exaltación de valores positivos que han sido asociados al “ser negro”, tratando de contrarrestar las imágenes negativas. De esta forma, algunas prácticas culturales del Chocó, valores y características físicas empiezan a ser asociados con una identidad negra, mientras que otras que eran vistas como negativas, se vuelven positivas. Además, también se hace una reflexión sobre el racismo estructural y las implicaciones que tiene en su acceso a la educación, salud y trabajo. Esto se puede observar en las historias de vida de los protagonistas, la asociación de valores como el trabajar por la comunidad como un elemento positivo de “ser afro” y la resignificación del cuerpo a través de la danza y el fútbol.

En este proceso, la Asociación de Afrodescendientes Desplazados – AFRODES – se ha convertido en una institución importante en la visibilización y resistencia contra la discriminación. Fundada en 1999, AFRODES nace con el propósito de luchar por los afrodescendientes desplazados. Aunque en un principio su preocupación se centró en los desplazados en la capital, AFRODES cuenta con una mayor presencia nacional con sedes en otras ciudades del país. La relación establecida entre los tres protagonistas de las

historias de vida y AFRODES es bastante directa. Roberto Camacho, junto con Marino Córdoba, el hermano de Deisy y Eusebio Mosquera, el padre de Leidy, son algunos de los fundadores de la Asociación.

AFRODES, según don Roberto, se plantea tres objetivos principales: luchar por mejorar la vida de los afrodescendientes desplazados, facilitar su acceso a la tierra y, por último, proveer una asistencia en caso de emergencia. De esta forma, es necesario resaltar que la construcción positiva del “ser afro” de los tres protagonistas de las historias de vida, está totalmente atada a la existencia de AFRODES y sus procesos adelantados.

Como escenarios claves para formar y apoyar a los afrodescendientes desplazados en Bogotá, podemos encontrar la realización talleres y charlas, con el objetivo de construir un “orgullo de ser negro”; la gestión de proyectos para mejora la calidad de vida, como la donación de casas prefabricadas o dotación de camas y camarotes; y, por último, el apoyo a grupos de danza y fútbol, como proyectos enfocados a los jóvenes.

El objetivo de las charlas y de los talleres va en dos sentidos: se busca enseñar los derechos y las leyes que protegen a los afrocolombianos en el país, y la formación en temas de tipo cultural e históricos. En palabras de Leidy:

“A través de la organización; hay una parte que a nosotros nos enseñan todo lo que tiene que ver con identidad cultural, con legislación afrocolombiana, todo lo que tiene que ver con nuestra historia. Se realizan talleres acá (Sede de Afrodes Bogotá) o en el barrio la Isla, talleres de legislación afrocolombiana, de herencia africana, de todo lo que tiene que ver con nuestra historia”. (Entrevista a Leidy Mosquera)

Estas charlas y talleres están a cargo de las personas con más *experiencia* dentro de AFRODES. Por lo general era el presidente de la asociación quien las da:

“Antes los hacía el presidente de Afrodes. También mi papá nos dio esos talleres, Luz Marina, y también el señor Marino [hermano de Deisy]. Marino él fue el primer presidente

de Afrodes, él fue el que fundó Afrodes con mi papá y otros compañeros”. (Entrevista a Leidy Mosquera)

Al analizar con más detalles estas charlas, se puede observar varios elementos claves para entender los mecanismos de racialización. En primer lugar, se construye una idea de ser afrodescendiente. En los tres protagonistas, la categoría de afrodescendiente es sinónimo de negro sin hacer mayor diferenciación. Sin embargo, esta categoría implica un reconocimiento como colombianos y, por lo mismo, una cercanía con poblaciones negras de otras partes del país (como la costa Caribe y las Islas de San Andrés y Providencia). También hace un énfasis directo al continente africano. Cabe señalar, que esta imagen de África es construida desde Colombia, y corresponde a un imaginario alrededor de la “gran madre negra”. Estos elementos hacen que la forma de construir la historia y la “identidad afrocolombiana” por AFRODES esté atravesada por varios elementos arbitrarios, pero elegido por ellos mismos como respuesta al contexto que viven. Así, se resignifican varios episodios del pasado como la esclavitud o la Ley 77 de 1993, también conocida como ley de comunidades negras, en el contexto del desplazamiento forzado y los derechos humanos (León 2013). Esta construcción de identidad se puede ver reflejada en los demás aspectos que son valorados y resignificados. Uno de los elementos que resaltan tanto Deisy como don Roberto como parte del “ser negro” es el trabajo por la comunidad. En palabras de Deisy:

“Nosotros vinimos a Bogotá porque queríamos dejar de estar huyendo, estábamos muy preocupados por lo que pudiera pasar a mi papá, yo a mi papá lo quiero mucho, lo respeto mucho, sé que él se ha esforzado mucho por mejorar los temas de la comunidad... Eso es una cosa muy de los afrocolombianos, preocuparse por las demás personas, saber que están bien, ayudar, trabajar en lo que más se pueda por nosotros mismos, yo le aprendí eso a mi papá”. (Entrevista realizada a Deisy Córdoba)

De hecho, el no trabajar por la comunidad puede ser un hecho reprochable. Un ejemplo de esto es cuando don Roberto habla de un antiguo muchacho que estuvo en su grupo de fútbol, tuvo éxito, pero no pensó en ayudar a los demás compañeros del grupo.

“Marcos Pérez: vive acá y nosotros qué decimos: fue desagradecido, nunca volvió a llamar, nunca, le vendió los papeles a Sintec, a Checa Palacio, fue a Argentina, se fue para España en un recorrido largo, jugó en Medellín y ahoritica está jugando en el Tolima. Pero nunca aparecía, yo tuve un proceso con 10 muchachos, los llamaba a ver qué había pasado con ellos, si se les podía dar la mano, nada de eso. Uno a veces dice pero bueno, uno hace su trabajo para las personas, las personas harán lo que se les da la gana” (Entrevista a Roberto Camacho)

El trabajo por la comunidad tiene varios matices que es necesario analizar con detalle. En primer lugar, este tipo de actividades estaba asociado a los protagonistas y sus familias desde antes de ser desplazados del Chocó. Incluso, este fue el principal motivo por el cual recibieron amenazas y tuvieron que dejar su tierra. Sin embargo, en aquel momento, “trabajar por la comunidad” no era una característica de “ser negro”, muy al contrario, se podría pensar que es una característica propia de don Roberto y los familiares de Leidy y Deisy. Cuando llegan a Bogotá, y en gran medida a través de AFRODES, es el momento en que el trabajo por la comunidad adquiere un valor distinto y se convierte en una práctica asociada al “ser negro”. Esto evidencia cómo dependiendo de un contexto u otro, valores y elementos asociados a lo “negro” cambian. De esta forma, es notorio cómo las clasificaciones raciales son contextuales y arbitrarias: lo que antes en el Chocó no era asociado a “ser negro” en Bogotá, en el contexto de desplazamiento, se vuelve una característica positiva de “ser negro”.

Otra de las actividades que AFRODES apoya son los grupos de fútbol y danza. Ambas actividades están asociadas a lo negro. Existe un imaginario de la excepcional habilidad de los “negros” y “negras” para la danza y el deporte y que, en muchos casos, relegan a estas personas a ámbitos exclusivamente asociados a actividades físicas. Mara Viveros lo señala de la siguiente forma: “Tampoco se piensan detenidamente las alusiones a que las personas negras están exclusivamente dotadas físicamente y, por tanto, están destinadas sólo a descollar en ámbitos como los del baile y el deporte” (Viveros 2007). Sin embargo, a pesar de que estas exaltaciones pasan por una naturalización de la diferencia y una negación de la individualidad del otro como señalara Viveros, en AFRODES se ha convertido en un mecanismo de reconocimiento positivo como “negros”. En el grupo de danza, esto ha funcionado de tal manera que algunas personas no interesadas en el baile ni que sintieran que lo “llevan en la sangre” hayan empezado a bailar y a asumirlo como parte de su identidad. Pero antes de hablar sobre esto, hay que mencionar el grupo de danza y su historia.

El grupo de danza Palma Negra nació hace 14 años en Ciudad Bolívar y fue fundado por Leidy y Deisy como bailarinas, así como por Wilmar (Topo), como director. Se ensayaba en la casa de Román, estos dos últimos hermanos de Deisy. En un principio el objetivo era bailar y divertirse más que formar jóvenes. Sin embargo, al ver la aceptación que tenían sus bailes por la “gente blanca”, bailar empezó a adquirir un valor diferente. Convirtiéndose en un elemento racializado, asociado al ser “negro” pero con una valoración positiva. En palabras de Deisy:

“Nos poníamos a bailar en la calle, ahí en la mitad de todo el mundo y la gente pasaba y se nos quedaba mirando... A la gente le gustaba lo que estábamos haciendo (...) Nosotros estábamos felices de poder mostrar cosas de nuestra tierra y que la gente blanca le gustara, en ese entonces fue que dijimos: ‘Hey, armemos un

grupo de danza serio y nos ponemos las pilas’. Ahí en Ciudad Bolívar nació Palma Negra” (Entrevista realizada a Deisy Córdoba)

Palma Negra ha servido como un espacio que exalta elementos asociados al “ser afro” de una manera muy cercana a la propuesta de AFRODES. De esta forma, se busca mostrar una identidad afrocolombiana, que reconozca una herencia -idealizada- de África y de elementos que trascienden el pacífico que los conectan con una identidad nacional negra. Esto es claro en las palabras de Leidy, quien siente que la danza está cargada de una herencia africana traída por los africanos esclavizados que llegaron al país. Además, se construye un sentido de identidad común con el Atlántico, a pesar de las grandes diferencias culturales e históricas con esta región:

“Esa herencia cultural yo lo veo, no solamente al Chocó o al Atlántico sino que va más allá. Digamos eso lo trajeron todos los africanos que fueron esclavizados. Esa es nuestra identidad, está desde África. Nosotros la adaptamos a nuestra forma de vida, nuestra forma de ver las cosas que iban pasando” (Entrevista a Leidy Mosquera).

De esta forma se legitima incluir dentro del grupo elementos y prácticas que estén asociados con la región atlántica y con África. Esto se evidencia desde el mismo nombre del grupo hasta las danzas seleccionadas, y la forma de bailar. El nombre del grupo, *Palma Negra*, tiene su origen en una planta africana como explica Leidy:

“Palma Negra es una palma africana, una palma que da como aceite y a raíz de eso quisimos ponerle al grupo Palma Negra. Como tener nuestra identidad, nosotros somos colombianos, pero tenemos nuestra ascendencia en África, entonces como rescatar esa parte. La palma también es fuerza, poder...Por eso es que nosotros como grupo queremos siempre rescatar nuestra cultura”. (Entrevista a Leidy Mosquera)

Aunque Palma Negra ha dado prioridad a los bailes tradicionales del pacífico como son la Oca, Bambatú, Manteca de iguana, Birimbí, entre otros, también incluyen danzas típicas de

la región Caribe. De igual forma, se hace un énfasis fuerte en la conexión con sus ancestros. Como el hecho de bailar descalzos para tener una mayor conexión con lo ancestral. Estos ancestros es una referencia tanto a los negros esclavizados de los que ellos descienden, como sus ancestros africanos. Deisy comenta:

“Bailar descalzo te permite conectarte con la tierra, con tus ancestros mismos, estar cara a cara con quien en verdad somos, somos hijos de la tierra y bailar descalzos es nuestra manera de rendir homenaje”. (Entrevista a Deisy)

Es necesario señalar que esta conexión con lo ancestral no aparece en los relatos de Deisy cuando vivía en el Chocó, sino que surge en su experiencia en Bogotá. Aunque si se menciona que en el pacífico andaba descalza, el motivo por el cual extraña estar sin zapatos es por comodidad. Por su parte Leidy manifiesta que antes de llegar a Bogotá, aunque conocía las danzas, ignoraba sus significados:

“Yo, por lo menos cuando inicié, solamente bailaba los bailes, pero no sabía digamos qué quería decir cada baile, porque uno se movía de esta forma, porque uno movía el cuerpo, entonces empezaron a meternos eso” (entrevista a Leidy Mosquera)

El significado, al igual que el significado de los bailes, también ha cambiado. El motivo por el cual se baila ya no es sólo diversión o “recocha” como en un principio se hacía, sino que adquiere un significado distinto, donde el bailar se carga de un significado ancestral asociado a la resistencia y lucha contra la opresión:

“Los bailes, cada uno tiene su significado. Y porqué se baila de tal forma, porque digamos nuestros ancestros lo hacían para liberarse de la esclavitud, o algunos bailes eran de protesta, contra los conquistadores, como para rechazar todo lo que les hacían. Entonces ahí fue que me empecé como a enfocar más en el grupo de danza. Porque digamos es nuestras costumbres, para que no se pierda nuestra herencia, todo lo que tiene que ver con las costumbres nuestras” (Entrevista a Leidy Mosquera)

Todos estos elementos que asocian a la danza con un el reconocerse “negro” ha hecho que personas como Leidy, que en un principio no se sentía interesadas a prácticas que en el imaginario están asociadas al negro, como la danza, las asuman como parte de su identidad.

“Yo en ese momento tenía 11 años, y no me gustaba bailar tanto, me gustaba la música y las fiestas de fin de año que se ponía recocha, pero nunca en bailar todo el tiempo, yo solo quería era estudiar y ser la mejor del curso” (Entrevista realizada a Leidy).

Esto muestra también como el contexto cambia radicalmente las prácticas y los reconocimientos propios de las personas. Leidy no “llevaba la danza” en la sangre ni le interesaba bailar, como se supone “debe ser un negro”. Sólo cuando llegó a Bogotá, la danza empieza a formar parte fundamental de su vida y se convierte en un elemento de su forma de ser. Además, este interés surge en un principio muy asociado a la aceptación del otro, pero luego se va asociando a un proceso fuerte de identidad y que mezcla, tanto los elementos culturales como los valores de “trabajar por la comunidad” ya mencionado.

El otro grupo importante es la escuela de fútbol. Esta se formó como una estrategia en contra de la muerte de jóvenes en el barrio, más o menos durante el 2005:

“La escuela de fútbol se formó por la circunstancia de la muerte de los jóvenes y muchachas. Entonces un día dije: están matando mucho. Me dice el presidente de la JAC: pero ¿qué hacemos? Y le dije, lo único que yo sé es entrenar fútbol. Me dijo, Roberto, hagamos eso, y empezamos” (Entrevista a Roberto Camacho)

La escuela se ha convertido en un mecanismo de resistencia en contra de todas las adversidades que pasan en el barrio y un símbolo en contra de la violencia. De hecho, en la zona donde, en una ocasión, asesinaron a nueve jóvenes, se construyó una cancha de microfútbol, al aniversario de este suceso.

De esta forma, desde el inicio, el club de fútbol ha sido pensado como una respuesta contra la violencia vivida por los jóvenes de los barrios periféricos y no tanto como la exaltación de la cultura “negra”. Don Roberto dice que su función es quitar jóvenes a la guerra y a la drogadicción y menciona con orgullo, las veces que se ha encontrado a uno de sus muchachos siendo “alguien” en la vida. Si bien, es cierto que la relación entre fútbol y “ser negro” es bastante fuerte tanto por las personas autoreconocidas como “negras”, como los otros que reconocen en el “cuerpo negro” una gran habilidad para el deporte y es reforzado por el gran número de deportistas “negros”, para don Roberto, el fin del equipo es más social y de convivencia. De hecho, muchos jóvenes entran al grupo pensando en ser profesionales. Sin embargo, Roberto Camacho es bastante claro en la prioridad del grupo:

“Si usted cree que los vicios que usted tiene, puede calmarlos, hágalo. A la semana siguiente, ahí estuvo. Llegó a entrenar y entrenar, dos meses seguidos, teníamos campeonato y me dicen los muchachos “profe, pero él está recién llegado, ¿por qué lo mete?” Tuvimos una reunión: las personas que vienen acá y salen de problemas, hay que reconocerles de manera diferente porque ustedes están porque quieren ser profesionales pero a ellos queremos ayudarlos con los problemas en los que están” (entrevista a Roberto Camacho)

Al final, lo que busca don Roberto con la escuela de fútbol es que los muchachos ayuden a sus familias y sean *personas*. Este hecho de llegar a ser *persona* como si fuera una cualidad a la que se debe alcanzar y no innata, se ha evidenciado en otros estudios de población negra desplazada. De la misma forma que “hacerse un nombre” implica una necesidad de ganarse un reconocimiento y una aceptación y de esta forma, evitar la discriminación (Meertens, Viveros y Arango 2008). Este tipo de presiones son transmitidas con frecuencia de Roberto Camacho a los jóvenes.

Tanto el grupo de danza como la escuela de fútbol, se han convertido en respuestas a la situación de violencia en que se encuentran los jóvenes en los barrios. El objetivo es tener a los jóvenes alejados de problemas como el conflicto armado y la drogadicción. De esta forma, permitirles una mejor opción de vida. Pero, como se ha mencionado, los problemas de los jóvenes en los barrios periféricos como el 20 de Julio o La Paz, no sólo afectan a los jóvenes afrocolombianos sino en general a todos los muchachos y muchachas del sector. Tanto Roberto Camacho, como Deisy Córdoba y Leidy Mosquera, mencionan problemas como prostitución, drogadicción y grupos criminales presentes en los barrios que ellos habitan. Por esto, las estrategias que en un principio estaban pensadas para los jóvenes afrodescendientes, han acogido a todo joven que se acerque al grupo. En palabras de Leidy Mosquera:

“También nosotros empezamos a montar el grupo, después se fueron metiendo, no solamente de negros o de afrocolombianos, sino también muchos jóvenes de la comunidad empezaron a meterse. Obviamente el grupo tiene las puertas abiertas a todos el que quiera ingresar. También es para restarle niños a la guerra, a la drogadicción, a la prostitución porque muchos jóvenes allá en la parte de Cazucá muchos jóvenes se van por otros lados, por la drogadicción, entonces llamamos a que se metan al grupo”. (Entrevista a Leidy Mosquera)

Sin embargo, este difícil ejercicio de restarle jóvenes a la guerra, también ha golpeado fuertemente a los procesos adelantados, matando a jóvenes que hacen parte de los grupos o aumentando tanto el nivel de violencia que es imposible poder reunirse para entrenar. En palabras de Leidy:

“La situación ha estado muy difícil, ayer mismo (jueves 9 de abril de 2015) mataron a tiros a dos muchachos afro que hacían parte de Palma Negra, se llamaban Samir y Darwin. Samir tenía 19 años y estaba a punto de ser papá, la novia está embarazada, a él le pegaron 5 tiros en la cabeza, esto paso en plena luz del día, el otro muchacho Darwin por tratar de escapar le pegaron tiros en la espalda, él era menor de edad, murió esta mañana en el hospital. Creemos que fue Limpieza Social, no vamos a subir por una temporada. Deisy pidió prestado el salón comunal

y vamos a ensayar en la casa de ella mientras la cosa se calma, aunque Kennedy también es peligroso, no matan pero si roban” (Entrevista a Leidy)

De esta manera, aunque muchos elementos culturales atraviesan los grupos de danza y de fútbol, al estar abiertos a más jóvenes, la formación en “cultura afro” se expande a otras personas que no son ni leídas ni auto-reconocidas como afodescendientes. Este ejercicio puede ser interesante ya que juega un poco con las fronteras de las clasificaciones raciales. Puede que surjan jóvenes que “no son negros, pero bailan como negros” o que tengan interiorizados los valores y el luchar por *ser persona* que tanto motiva a Roberto Camacho. En cualquier caso, el trabajo por la comunidad, como estrategia de afrontar las dificultades en los barrios periféricos, está transformando las relaciones raciales en estos lugares y también las discriminaciones estructurales que afectan no sólo a la población desplazada de Chocó, sino los otros habitantes de estos lugares.

A lo largo del capítulo se visibilizó cómo los elementos que son marcadores de los grupos racializados, lejos de ser innatos a estos, son históricos y contextuales. Las categorías racializadas operan de manera distinta en el Chocó y en Bogotá. No era obvio, al parecer, ser negro en el Chocó, ni mucho menos, era obvio el racismo. También se evidenciaron elementos claves de otros tipos de discriminación, donde el género, la raza y la misma condición de desplazado, se entremezclan dificultando el acceso al trabajo, a la vivienda o los hacen objeto de comentarios negativos y mofas. Por último, se ha mostrado cómo actúan los mecanismos de racialización, no sólo asociado a la discriminación negativa, sino también como una valorización positiva, en respuesta al racismo.

Frente a la experiencia del racismo, se han construido estrategias para resistir y contrarrestarlo. Sin embargo, estas no buscan desestabilizar las categorías raciales sino que la apropian y resignifican con elementos positivos. Es decir, en vez de cuestionar la existencia de las razas y su asociación natural a ciertos cuerpos, hay un reconocimiento como “negro”, una aceptación de esta clasificación y se exalta de manera positiva a través de valores como trabajar por la comunidad, habilidades físicas como la danza y el deporte, y otros elementos como la historia y prácticas culturales. Este proceso se ha logrado a partir de una organización de los desplazados en Bogotá como es AFRODES, la cual ha permitido este proceso a través de talleres, charlas y apoyo a proyectos.

Las categorías raciales generan efectos directos en la vida de las personas. No sólo a modo de discriminación, sino también como la exaltación de valores y prácticas. Esto se ve reflejado en todos los aspectos de la vida. De esta forma, de no haber llegado a Bogotá, nunca hubieran vivido el rechazo en los buses o en la calle sólo por su color de piel, ni les hubieran negado trabajos o el arriendo de una vivienda por estereotipos asociados a lo “negro”. Pero también Leidy nunca se hubiera interesado por bailar como lo hizo en Bogotá, Deisy no defendería los pelos trenzados con tanto ímpetu, ni pensarían en los ancestros, como lo hacen hoy en día Deisy y Leidy.

Por último, los mismos cruces entre género y clase han complejizado las relaciones en los barrios donde viven los tres protagonistas. Las duras condiciones de vida de los jóvenes en los barrios periféricos, caracterizados estar expuestas a un alto consumo de drogas, prostitución y bandas criminales, ha hecho que los grupos de jóvenes que apoya AFRODES también incluya a jóvenes que no se autoreconocen ni son leídos como “negros”. La

formación en elementos propio de los “afro” a jóvenes que no son afro, muestra un cambio en las fronteras de la racialización. Así, hay gente que puede *bailar como afro*, sin serlo.

Conclusiones

Tal como varios autores dentro de las ciencias sociales habían mencionado, la raza – lejos de ser un fenómeno biológico y natural – es un constructo social. De ser un fenómeno biológico o natural, un grupo racial y sus elementos serían iguales sin importar el momento o el contexto. Sin embargo, las vivencias de Leidy Mosquera, Deisy Córdoba y Roberto Camacho, nos han permitido entender que la realidad de los grupos racializados dista mucho de ser homogénea y constante. Los grupos racializados como “negros” que habitan o habitaron el Pacífico, no se entienden de la misma forma en el Chocó que en Bogotá, tampoco es lo mismo en la actualidad que antes de la década de los 1990, cuando el Chocó era considerado un “remanso de paz”.

Si bien, aunque no existe un acuerdo general sobre qué es un constructo social, como se mencionó en la introducción, Ian Hacking y John Searle proponen un análisis de estos a partir de cuatro niveles, todos ellos aplicables para entender el racismo y la racialización. A lo largo de los capítulos, se han evidenciado elementos que hacen parte de esos cuatro niveles de análisis esbozados, permitiéndonos así afianzar la idea del racismo como un constructo social. Vale la pena recordar brevemente en qué consisten cada uno de estos niveles y los elementos junto con las anécdotas y análisis de las historias de vida asociados a cada nivel. Si bien, aunque como se ha mencionado, existen elementos de los cuatro

niveles, el análisis realizado a lo largo de la investigación se ha centrado en los dos últimos niveles.

El primer nivel mencionado por Hacking y Searle, está definido por lo “no-social”, es decir por todo aquello que no depende de lo humano y sus instituciones para su subsistencia, además está el sustrato biológico universal. Esto se puede apreciar, tanto en los elementos bióticos, físicos y climáticos del Chocó, como en las realidades físicas y bióticas de los cuerpos racializados como negros. Con relación al paisaje del Chocó, los elementos como la fauna, la flora o el clima no se ven alterados directamente con el cambio de concepciones y sus representaciones, aunque si indirectamente, al cambiar la forma en que se relaciona los seres humanos con estos. Por otro lado, también se mencionan en este nivel los cuerpos biológicos de cada una de las personas que habitan en el Chocó.

Estos elementos no-sociales son la base para la construcción de procesos sociales a partir de la selección y priorización de manera arbitraria de estos elementos. Las reflexiones y análisis a partir de las experiencias contadas dejan ver lo transversal que son los elementos físicos del Chocó; el clima, los ríos, los animales, las plantas, han configurado elementos que, si bien fueron cargados de significados por ellos en el Chocó, no son elementos priorizados como propios hasta la llegada a Bogotá. Recordemos cómo se añora el río y el estilo de vida que se había desarrollado en él o la forma de vestir por el clima, e incluso se asocia elementos culturales al clima, de tal forma que las personas de tierra cálida son cálidas mientras que el frío bogotano hace que las personas sean frías y distantes. Por otro lado, también el paisaje chocoano, con su clima, fauna y flora, han sido asociados como lugares “poco aptos para la civilización” convirtiéndolos en zonas de frontera en los imaginarios de la nación.

En el caso de los rasgos físicos, varios elementos como el cabello y el color de piel, entre otros, son seleccionados arbitrariamente para demarcar diferencia y son cargados de valores negativos en un primer momento y resignificados en un segundo momento, como se recordará más adelante. Esto se puede apreciar en el contraste del valor del cabello liso para Deisy mientras vivía en el Chocó y el cambio que tiene cuando está en Bogotá y la práctica de alisar el cabello es asociada a la falta de orgullo por parte de los padres hacia las niñas.

El segundo nivel de análisis se centra en el *carácter arbitrario de los acuerdos sociales*. A partir de las historias de vida, se hace evidente en cómo las categorías raciales, sean a un nivel estructural o un nivel cotidiano, moldean la vida de las personas tanto en el Chocó como en Bogotá. Aquí vale la pena profundizar en lo observado en las historias de vida. Como se desarrolló en el primer capítulo, los tres personajes no reconocen la existencia del racismo cuando vivían en el Chocó, incluso Deisy lo hace explícito cuando afirma que, cuando ella vivía en el Chocó no había racismo. Igualmente, en sus recuerdos, cuando se refieren a su lugar de origen, nunca se señala a las personas ni como negras ni como blancas. Sin embargo, como una de las principales conclusiones que surgen, es que aunque no exista el reconocimiento del racismo ni las categorías raciales, no quiere decir que el racismo como constructo social no moldee sus vidas.

Para entender mejor este hecho fue clave el concepto de dominación y una diferenciación entre racismo cotidiano y racismo estructural. Así, como ya se ha señalado, aunque el racismo en el Estado colombiano no ha sido de manera directa - como, por ejemplo, lo fue en Sudáfrica en el Apartheid - sino más bien un racismo “disperso”, con una fuerte tendencia a disfrazar el racismo con condiciones de clase. Esto hace que el Chocó se haya

configurado como una periferia de la nación, controlado desde ciudades andinas-mestizas y ordenado para que satisfaga las necesidades de las poblaciones blancas y no a las poblaciones negras. Por otro lado, en la cotidianidad de las personas en el Chocó también se pueden observar categorías raciales que configuran la vida en esta región. En las anécdotas de Roberto, Leidy y Deisy, se puede observar en las ideas estéticas, sobre todo con el cabello, las relaciones con otros grupos racializados como los indígenas. Muchas de estas prácticas responden a categorías de pensamiento que, aunque sean externas, son apropiadas de manera progresiva y son interiorizadas. Tal caso de las condiciones de violencia y de pobreza que se viven en los pueblos del Chocó. La falta de inversión, el olvido estatal y hasta la violencia son naturalizados y poco asociados – en el Chocó – a una discriminación sistemática. Esto se puede resumir en la expresión de Roberto: “los afros somos una cultura sufrida”. Otro elemento clave donde se puede observar elementos externos que son interiorizados es en los patrones de belleza. Como se ha notado en el trabajo, aunque en las historias de vida aparece sutilmente en los recuerdos del Chocó, pero muy fuerte en la vivencia en Bogotá, existen patrones de belleza interiorizados desde sus más pequeños recuerdos y que son reproducidos sin ser asociados a elementos racializados.

El tercer nivel menciona las “*dimensiones obligantes de los fenómenos sociales*”, lo que se denomina como la *realidad* de las construcciones sociales, las cuales son interiorizadas y naturalizadas por los miembros del grupo. Estas, en el caso de Bogotá son bastante evidentes en las historias de vida de las personas ya que limitan las opciones de trabajo, al hogar e incluso a lugares. En las historias de vida, se puede observar cómo son estas dimensiones las que más fuertemente se asocian a la experiencia del racismo, ya que son estos los elementos los que más fuerte limitan su cotidianidad. El racismo se hace

consciente cuando se les niega el arriendo y el trabajo, cuando las miradas inquisidoras los señalan como intrusos a un espacio que no les pertenece. En el caso del Chocó, aunque más sutiles, también se pueden apreciar este tipo de restricciones. De hecho, que sea considerado el lugar “natural” de los negros el Pacífico y no Bogotá, como se sugiere sutilmente en algunos comentarios, evidencia como hasta las categorías raciales configuran la geografía nacional.

Otro elemento que surge del análisis de las historias de vida y que es clave es que las categorías raciales se superponen a otras condiciones como son género, clase y la condición de desplazado, haciendo que en muchos casos sea difícil diferenciar donde la discriminación por género termina y empieza la del racismo. En las historias de vida de don Roberto, Deisy y Leidy, es principalmente notorio el entrecruce con los señalamientos y las categorizaciones las condiciones de clase. De esta forma, vivir en un barrio periférico en Bogotá en varios sectores de la ciudad es una marca que genera estigma y que, si es “negro” se ve reforzada, como comentan Deisy y Leidy sobre sus experiencias cuando iban al “norte” a presentar espectáculos de baile.

El cuarto nivel se centra en *los juegos con los acuerdos sociales*. En el análisis realizado, esto se puede ver claramente en la forma en que los tres protagonistas apropian y resignifican el “ser negro”. En primer lugar, surge la categoría de *Afrodescendiente* como una forma de auto-identificarse. La diferencia entre “negro” y “afro” es bastante amplia. A partir de los tres protagonistas, ser “afro” está asociado a elementos culturales más generales y que son propios de otras regiones del país y de África. Es decir, autoreconocerse como afrodescendiente o afrocolombiano, implica reconocerse como parte de una cultura aún mayor, descendiente de la diáspora africana y, por lo tanto, *hermanado*

con todas las personas descendientes de los africanos esclavizados que llegaron durante la colonia al continente africano y al mismo tiempo, surge la noción de la *Madre África*. Como se puede apreciar en el segundo capítulo, esta forma de auto-identificarse permea su cotidianidad a través de la creación de organizaciones afrodescendientes, que realizan talleres sobre la historia de la población afrocolombiana, que celebra el día de afrocolombianidad, o a través de la inclusión de alusiones africanas y de afrocolombianos de otras partes distintas del Pacífico, en sus bailes y costumbres.

Este auto-reconocimiento – que los protagonistas llaman *orgullo se ser negro* – hace que algunas de las normas sociales sean asumidas por Leidy, Deisy y don Roberto de forma distinta. Se generan así respuestas alternativas construyendo valoraciones positivas de “ser negro”. Así, a la negación de las ofertas de trabajo bajo estereotipos de perezoso o mal trabajador, se superpone una nueva imagen de buen trabajador, como se evidenció en las historias de don Roberto y su énfasis en la escuela de fútbol. La danza pasa a ser, de un momento de *Recocha* a una forma de resistencia y que permite, al presentar un espectáculo de danza en el “norte” de la ciudad, trasgredir las fronteras imaginarias y acceder a espacios del “blanco”, así aún el recelo, las miradas y los comentarios persistan. Igualmente, sus relaciones en los barrios que llegaron a habitar se transforma, así se pasar de ser personas no deseadas, de las que hay que alejarse – o la que sus hijos deben estar alejados, pensado en el caso de Deisy y su hijo – a ser actores de cambio, brindando opciones a personas del barrio así no sean leídas o se auto-identifiquen como negras.

También, la resignificación de las normas sociales pasa por la forma en que ellos mismos se leen, de tal manera que Leidy, quien mientras vivían en el chocó tenía poco interés por bailar, en Bogotá lo vuelve una actividad fundamental de su vida. Igualmente, Deisy toma

una consciencia del significado de la danza y pensar en sus ancestros se vuelve un referente clave en su vida. En todo este proceso, es necesario resaltar el papel que ha tenido la organización de Afrodescendientes Desplazados - AFRODES, la cual ha permitido este proceso a través de talleres, charlas y apoyo a proyectos.

Además de estos niveles de análisis, es necesario resaltar especialmente la condición de desplazado. El desplazamiento es un factor transversal en la historia de Roberto, Deisy y Leidy. La llegada a Bogotá y la experiencia del racismo está condicionado por este trágico hecho. Sin embargo, aunque es difícil analizar por separado este elemento, las historias de vida dejan entrever cómo el desplazamiento es también un constructo social que se superpone en la experiencia de vida de los tres protagonistas y que, al igual que el racismo, presente elementos y características asociadas arbitrariamente, que moldean sus experiencias de vida y han generado respuestas y resignificaciones al igual que el racismo producto de las categorías raciales. Es debido a esto que AFRODES surge, dando énfasis tanto a la condición de ser “afro” como ser “desplazado”.

El desplazamiento ha configurado tanto el momento de salida, como el lugar de llegada. En el caso de los protagonistas, como fueron desplazados por ser ellos o algún familiar, reconocidos líderes sociales en sus lugares de origen, esto también ha configurado sus experiencias en Bogotá. Todo esto influye en la fundación de la Asociación, para los grupos de danza y fútbol, y en general todos los procesos que han estado relacionados con la resignificación de las normas sociales.

Por último, vale la pena resaltar el papel que han desarrollado los tres protagonistas con los jóvenes de los barrios periféricos donde viven. Barrios como Altos de Cazucá o Ciudad Bolívar, presentan condiciones de vida difíciles para los jóvenes ya, como se mencionó en

el segundo capítulo, se encuentran expuestos a alto consumo de drogas, prostitución y bandas criminales. Estas condiciones han hecho que AFRODES, aunque su interés está centrado en los Afrodescendientes desplazados, también haya adelantado programas que no sólo benefician a los jóvenes que se autoreconocen como afrodescendientes, sino a todos los jóvenes de los barrios en general. Esto también complejiza y muestra una transformación bastante interesante frente al racismo y el modo de operar de la racialización de los grupos. Ya que las fronteras entre qué elementos son asociados a lo “negro” no se limiten ni se enseñan exclusivamente a población “negra”. Así, como se dijo al final del segundo capítulo, hay gente que puede *bailar como afro*, sin serlo.

Bibliografía

- Agudelo, C. E. (2001). El Pacífico colombiano: de 'remanso de paz' a escenario estratégico del conflicto armado. *Cuadernos de desarrollo rural*, 46, 7-37.
- Almario, O. (2004). Dinámica y consecuencias del conflicto armado colombiano en el Pacífico: limpieza étnica y desterritorialización de afrocolombianos e indígenas y 'multiculturalismo' de Estado e indolencia nacional. In E. y. R. Restrepo, Axel (Ed.), *Conflicto e (in) visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia* (pp. 73-120).
- Almario, Ó. (2009). *La poesía afropacífica de Helcias Martán Góngora (1920-1984)*. Paper presented at the Nina S. de Friedemann: cronista de disidencias y resistencias.
- Arango, V. M., & Sánchez, A. G. (2010). Memorias desterradas y saberes otros. Re-existencias afrodescendientes en Medellín (Colombia). *Geopolítica (s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 1(1), 137-156.
- Arocha Rodríguez, J. (2009). Homobiósfera en el Afropacífico. *Revista de Estudios Sociales*, 32, 86-97.
- Bosa, Bastien (2012) « Un concept scindé en quatre? De la construction sociale de la réalité à la réalité des constructions sociales »" . En: Suiza A Contrario. Revue Interdisciplinaire De Sciences Sociales, ISSN: 1660-7880 ed: v.17 fasc.1 p.93 - 114 ,2012
- Bonilla-Silva, Eduardo(2006). *Racism without racists. Color blind racism and the persistence of racial inequality in the United States*. Rowman & Littlefield Publishers, Inc.
- Caicedo Berdugo, M. A. (2014). *¿Aquí no hay racismo? prácticas y representaciones de los racismos en la vida cotidiana de los estudiantes de la Universidad Tecnológica del Chocó*, Diego Luis Córdoba. Universidad del Rosario, Bogotá.

- CODHES. (2015). *El pacífico en disputa continúa: en nuevo escenario, en la misma guerra*. Retrieved from Bogotá: http://www.codhes.org/index.php?option=com_si&type=4
- DANE. (2006). Censo General 2005. Retrieved from <http://www.dane.gov.co/index.php/esp/poblacion-y-registros-vitales/censos/censo-2005>
- De Friedemann, N. S. (1993). *La saga del negro: presencia africana en Colombia*: Instituto de Genética Humana, Facultad de Medicina, Pontificia Universidad Javeriana.
- Defensoría del Pueblo. (2014). *Crisis Humanitaria en el Chocó*. Bogotá D.c.:
- Escobar, A. (2004). Desplazamientos, desarrollo y modernidad en el Pacífico colombiano. In E. y. R. Restrepo, Axel (Ed.), *Conflicto e (in) visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia* (pp. 53-72). Popayán.
- Essed, P. (1991). *Understanding everyday racism: An interdisciplinary theory* (Vol. 2): Sage.
- Gau-Dieckemann, Patricia (2002). *Una iconografía polémica: los magos de Oriente*. Mirabilia: Revista Eletrônica de História Antiga e Medieval, nº 2. Disponible
- Gil Hernández, F. (2010). *Vivir en un mundo de "blancos". Experiencias, reflexiones y representaciones de 'raza' y clase de personas negras de sectores medios en Bogotá DC*. (Magíster en Antropología Social.), Universidad Nacional de Colombia.
- Goldberg, David Theo. (1993). *Racist Culture: Philosophy and the Politics of Meaning*. Oxford: Blackwell.
- Guillaumin, Colette (1992). *Racism, sexism, power and ideology*. Routledge 11 New Fetter Lane, London.
- Hacking, Ian. (2001) *¿La construcción social de qué?* Paidós: Barcelona
- Hoffmann, O. (2007). *Comunidades negras en el Pacífico colombiano: Innovaciones e dinámicas étnicas* (Vol. 244): Editorial Abya Yala.
- León Cabrera, G. C. (2013). Entre el presentismo y la historicidad de la reivindicación social afrocolombiana. Análisis sobre el uso de la memoria colectiva en la

- asociación de afrocolombianos desplazados (AFRODES): Analysing the use of collective memory by Asociación de Afrocolombianos Desplazados-Afrodes. *Tabula Rasa*(18), 155-173.
- Meertens, D. (2002). *Encrucijadas urbanas: población desplazada en Bogotá y Soacha: una mirada diferenciada por género, edad y étnia*. Bogotá.
- Meertens, D., Viveros, M., & Arango, L. G. (2008). *Discriminación étnico-racial, desplazamiento y género en los procesos identitarios de la población negra en sectores populares de Bogotá*. Paper presented at the Seminario Internacional Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe.
- Motta González, N. (2012). Maternidades y paternidades afrocolombianas en Cali y El Valle. *Historia y espacio*(38), 42-62.
- Thomas, William Isaac (1928) *The child in America: behavior problems and programs*. Publisher A.A Knopf.
- Oslender, U. (2008). Geografías del terror: un marco de análisis para el estudio del terror. *Scripta Nova: revista electrónica de geografía y ciencias sociales*(12), 140.
- Quintero, Oscar (2013). *El racismo cotidiano en la universidad colombiana desde la experiencia vivida por los estudiantes negros en Bogotá*. Recuperado de <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/5946/6448>
- Rodríguez Quintero, R. (2013). *Coyunturas políticas interclase Elites, profesionales y comunidades en la conformación del distrito de Aguablanca (Cali, Colombia, 1980–1995)*. (Doctorado en Ciencias Sociales y Humanas), Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Romero, M. D. (1995). *Poblamiento y sociedad en el pacífico colombiano siglos XVI al XVIII*. Cali: Universidad del Valle, Editorial Facultad de Humanidades.
- Ruiz Olabuénaga, José Ignacio (2012). *Metodología de la investigación cualitativa*. Universidad de Deusto Bilbao.

- Viveros, M. (2007). Discriminación racial, intervención social y subjetividad. Reflexiones a partir de un estudio de caso en Bogotá. *Revista de Estudios Sociales*(27), 106-121.
- Wade, P. (2013). Racismo, democracia racial, mestizaje y relaciones de sexo/género. *Tabula Rasa*, 18, 45-74.
- Wade, Peter (2013). *Music, Race and Nation: Música Tropical in Colombia*. Chicago: University of Chicago Press. ISBN 0745309887. xv + 323 pp. (Translated by Adolfo González as *Música, raza y nación: música tropical en Colombia*, Bogotá, Vicepresidencia de la República, Departamento Nacional de Planeación, 2002. ISBN 9589670725)